LUIS RODRIGUEZ CUEVAS

¡Es la juventud!...

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by Luis Rodríguez Cuevas, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

¡ES LA JUVENTUD!...

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

541:3

¡ES LA JUVENTUD!...

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS RODRIGUEZ CUEVAS

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Málaga, el 9 de Enero de 1914

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 558

1914

A Luisa Cano y Paco Rodrigo, notabilísimos comediantes.

Admiración y gratitud.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEÓN ROUGE	Sr. Rodrigo.
MAGDALENA ROUGE	Sra. Cano.
PEPE ROUGE	Sr. Cano.
LUCILA	Srta. Estrella.
MARIO LUQUE	Sra. Rambal.
JOSEFA	Orejón.
DOCTOR	Sr. Esquer.
SEPULTURERO	Silva.
ANTOÑÓN	Buxens.
DIONISIA	Srta. Parejo.

Época actual.—La acción se desarrolla en una capital de poca importancia

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

Gabinete adornado con severa elegancia. En el centro de la habitación, una mesa; izquierda de ésta, un sofá; derecha, una butaca. En las paredes, cuadros representando á antepasados. Otros cuadros, sillas y adornos completan el mobiliario y arreglo del gabinete.

Puertas: Una al foro, otra lateral derecha y dos lateral izquierda. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARIO y LUCILA

Al levantarse el telón, aparecen ambos dando vueltas alrededor de la mesa. Mario pretende coger á Lucila

Luc. No me coges, no me coges...

Mario Si corres más que una ardilla Aguarda...

Luc. No me coges, no me coges...

Mario Así no es posible.

(Se detienen, cansados, cada uno en un extremo de la mesa.)

Luc. Te he dicho que seas formal, que puede venir mi tía y ya sabes cómo las gasta.

Mario Bueno; pues acércate y deja que te diga un recadito al oído.

Luc. No, señor. Del recadito se pasa usted... (simula un beso.)

Mario No; te prometo que no, que esta vez no...

Luc. Caballerito, usted promete mucho, pero luego se aprovecha.

Mario Acércate, Lucila. Sólo un momento.

Luc. Te he dicho que no, vaya, que no puede ser.

Mario Pero, nena mía, si yo te prometo...

Luc. Promete todo lo que quieras, pero vete.

Mario (Fingiendo incomodo.) Bien, me voy. ¡No me quieres!

Luc. (Acercándose á él.) ¿Te vas disgustado? No seas tontín. Si sabes que te quiero mucho.

Mario (Aprovecha la aproximación para pretender coger á Lucila.)

Luc. (Salta ligera.) ¡Ah, picaruelo!...

Mario Un momento. Detente.

Luc. Se aprovecha usted, caballerito. (Comienzan otra vez á dar vueltas alrededor de la mesa, produciendo algazara.)

ESCENA II

DICHOS y MAGDALENA

Mag. (Entrando puerta foro. Tocada la cabeza con un velo y en traje de calle.) ¡Muy bien! ¡Pero que muy bien! (Lucila y Mario quedan en los extremos de la escena confusos.) En la puerta, la criada retozando con el novio, y aquí, mi sobrina con el señor Mario. (Aparte.) ¡Qué barata que está la vergüenza! ¡Esto es intolerable! ¡Sencillamente intolerable!

Mario ¡Señora...!

Luc. ¡Tía...!

Mag. Ni señora ni tía que valga. ¿Creen ustedes que están en edad de retozar? ¡Pues no faltaba más! (A Lucila.) ¿Es esa la educación que os doy, señora sobrina? (A Mario.) Y usted, ¿ha olvidado el respeto que debe á esta casa?

Luc. ¡Tía!

Mario ¡Señora, no creo...!

Mag. (Con coraje.) ¡Tía, tía, tía...! ¡Cualquier día en mi juventud nos íbamos á permitir estas libertades! ¡Cuidado con los jóvenes de hoy en día! El más pequeño contacto, la menor

aproximación les subleva la sangre... y se queman. ¡Vaya si se queman! Como que hay jovencitas que toda el agua del mar es poca para apagar el incendio interno que las devora. Esta escena me enoja. Pueden retirarse.

(Mario y Lucila intentan retirarse juntos por el foro. Rápidamente interviene Magdalena, señalando á su sobrina la puerta primera lateral izquierda, y á Mario, la del foro.)

Mag. ¡Juntos! ¡Qué desahogo!

(Al desaparecer de la escena, Mario y Lucila se miran expresivamente, arrojándose mutuamente con la mano un beso.)

ESCENA III

MAGDALENA, después JOSEFA

Mag. Si León se entera, hay una hecatombe en la casa. Pero no, no se llegará á enterar. El enamoricamiento de Lucila y Mario es menester que termine. Mas... ¿y el amor desatentado de León hacia Lucila? ¡Válgame Dios y cuánto absurdo ha de tener una que soportar! No es posible tanto disparate. Y á todo esto yo soy la víctima de mi gente. Pero no pienso tolerarlos más tiempo. ¡Me rebelo, me rebelo y me rebelo! (Mientras ha dicho este soliloquio, se ha quitado el boa, el velillo y los guantes. Se sienta en una butaca y comienza á abrir varias cartas que habrá en una bandeja. Leyendo.) «Muy señora mía: Conociendo sus caritativos sentimientos. .» (Lee mentalmente.) ¡Eso es! Otra carta pidiendo dinero para poder costear el biberón á un niño. ¡Como si yo tuviera la obligación de mantener todos los niños de la ciudad! Quien quiera hijos, que los mantenga. (Rompe la carta. Abre otra y lee.) «Ma legraré...» El bruto de Joselón pidiendo para su hija. ¡A ver! ¡A ver! ¡Un tumor! ¡Qué animal! ¡Ni siquiera tiene el recato de ocultar dónde le ha salido el tumor á su hija! Que no se hubiera casado. (Rompe la carta.) (Abre otra y lee.) «Amantísima señora: Conmemorándose el día 25 del presente el mi-

lagro portentoso de los santos riñones de San Macandro, le rogamos...» Estos reverendos Padres abusan de la credulidad de los fieles que es un portento. Que fueran ó no milagrosos los riñones de San Macandro, no creo sea motivo para estar sableando constantemente al prójimo. ¡No quiero abrir más cartas! ¡Esto es insoportable, abusivo! Todos se creen con derecho á pedir, á molestar. Yo no tengo la culpa...

Jos. (Dentro de la habitación.) ¿Se puede, señorita?

Mag. ¿No has podido ya, cernícala? (Aparte.) Todavía le duran á esta las digestiones de la dehesa.

Jos. Pus verá osté. Es la cosa, señorita, que como osté...

Mag. Te he dicho que seas breve en lo que digas, que me impacientas con tus tosquedades.

Jos. Es que yo no quería, porque como osté me tiene dicho...

Mag. ¿Pero acabarás de una vez, ó es que quieres concluir con mi paciencia?

Jos. Señorita, yo... sabía... pero se empeñó Grabié...

Mag. ¿Quién es Grabié?

Jos. Pus el hijo de la tía Toñica.

Mag. ¿Y quién es el hijo de la tía Toñica?

Jos. ¡Toma! Pus ¿quién va á ser? Tía Toñica, la de los carcagüeses.

Mag. ¿Y qué quiere Grabié, el hijo de la tía Toñica, la de los carcagüeses?

Jos. (Duda y se rasca la cabeza.)

Mag. Será cosa de que te saque con un gancho lo que vas á decir; ¿ó es que tienes la pretensión de terminar con la poca paciencia que me queda?

Jos. Bueno, pus allá va... Y ca oveja á su redil. Y quien la hizo, que la pague. Y quien las cosas no dice, en el buche se le pudren. Y...

Mag. Endiablada criatura, ¿acabarás con los malditos refranes?

Jos. Bueno, bueno, señorita. Que yo vengo sólo de mandao.

Mag. Bien, mujer, bien.

Jos. Como osté sabe que hogaño no ha llovío...

Mag. No ha llovío.

Jos. Que no hay trabajo.

Mag. No hay trabajo.

Jos. Que no entra una perra en la capital.

Mag. Capital.

Jos. Que too está perdío.

Mag. Está perdío.

Jos. (Aparte.) ¿Habrá comío morcilla la señorita? (Sigue.) Pus los hombres están paraos, y la verdad..

Mag. ¿Y cuándo trabajó el hijo de la tía Toñica?

Jos. ¡Si es mu trabajaó!

Mag. Con las mandíbulas, hija mía.

Jos. Calle osté, por Dios, señorita, que hay días que no entra por la boca del probecito más que una perrilla de carcagüeses.

Mag. Ni que fuera un loro.

Jos. ¡Qué cosas tié la señorita!

Mag. En resumen. ¿A cuento de qué viene esa relación? Y á mí, ¿qué me importa todo eso?

Jos. Pacencia, señorita, á lo de Grabié va á parar.

Mag. Pues acaba de una vez.

Jos. Bueno, pus los hombres se han dicho: Hay que hacer algo.

Mag. Perfectamente.

Jos. Y han tenío una ideíca.

Mag. ¿Qué ideíca?

Jos. Apañar una estudiantina y andar por esos pueblos de Dios pidiendo dinero.

Mag. Me parece una ideíca de vagos. Pero, en fin, á mí no me importa.

Jos. Pero es el caso, señorita, que como no tienen dinero pa apañarla, están ahí abajo, esperando que osté les dé algo pa...

Mag. (Indignada.) ¡Basta, basta! ¡Que trabajen esos vagos! ¡Yo no apaño nada! ¡Que se apañen con las narices si no tienen dinero! Pues no faltaba más. ¡Esto es intolerable! ¡Todo el mundo se cree que estamos en la obligación de tirar el dinero!

Jos. (Asustada.) ¡Señorita! ¡Señorita!

Mag. No hay señorita que valga. Anda deprisa y diles que yo no protejo yagos. ¡Que cojan una escopeta y se vayan á robar á los caminos! ¡¡Intolerable!!

Jos. (Despavorida vase foro.)

ESCENA IV

MAGDALENA, DON PEPE y SEPULTURERO

Al salir Josefa tropieza con don Pepe y el Sepulturero que entran cogidos del brazo y borrachos. Asombro de Magdalena. Avanzan hacia la batería

Pepe Sólo hay dos verdades en el mundo: ¡La muerte y la sociabilidad alcohólica!

Sep. Muy natural, don Pepe.

Pepe (Reparando en su hermana.) Distinguida hermana. Tengo el gusto, muchísimo gusto, de presentarte al más distinguido de los sepultureros locales.

Sep. ¡Señora!

Pepe (Aparte.) La mataste. ¡Señorita!

Sep. ¡Señorita!

Mag. ¿De cuándo acá?... ¡Es increíble lo que veo. ¿Quieres decirme lo que es esto? ¿Quién es ese hombre?

Pepe Ya lo ves. ¡El Sepulturero!

Sep. Muy natural.

Mag. ¿Y es posible que tenga yo que tolerar estas cosas en mi casa?

Pepe En nuestra casa, hermana.

Mag. ¿Y que hayas perdido la vergüenza hasta el punto de presentarte aquí borracho?

Pepe Pintoncillo, sólo pintoncillo.

Sep. Muy natural.

Mag. ¿Y con semejante compañía?

Pepe (Al Sepulturero.) Esto no es natural.

Mag. ¿De cuándo acá un descendiente de los Rouge Mendoza alternó con sepultureros en tabernas?

Pepe Desde que uno, don Pepe Rouge, (ese soy yo), comprendió que en las tabernas se estaba mejor que en su casa, al lado de una hermana histérica y de un hermano tocado de ridícula melancolía.

Sep. Muy natural.

Pepe Calla la naturalidad porque mi hermana te tira algo á la cabeza.

Mag. No sé cómo he podido contenerme presen-

ciando tal escena y escuchando tanto insulto. ¡Salgan ahora mismo de esta habitación! ¡No quiero verles! ¡Están ustedes ofendiendo con su presencia á una señorita!

Pepe Comprende tú también, hermanita mía, que estás ofendiendo á mis amistades. Un sepulturero no es aquel conde tronado que te pretendió en tus mocedades, ¡hace cuarenta años!, pero es un hombre digno, ciudadano, consecuente con sus ideas. Nació socialista.

Mag. ¡Y borracho!

Sep. Muy natural.

Pepe Es un hombre á quien debemos gratitud de antemano. Si no estamos amistosamente con él, nos tratará muy mal cuando vayamos de visita á su casa. Y tú, hermana, no estás muy buena... de salud, que digamos. Un catarrillo... uno de esos ataques de bilis que te dan, puede hacer muy bien que el día menos pensado vayas á hacerle una visita. ¡¡La visita eterna!!

Mag. ¡Esto es!...

Pepe ¡Intolerable! Ya lo sé, hermana.

Mag. ¡No puedo resistir más! ¡Me voy! ¡Estás degradado! ¡Me da asco tu presencia! (Le escupe.) ¡Hasta dónde han descendido los Rouge Mendoza! (Mutis por la derecha.)

ESCENA V

DON PEPE, SEPULTURERO, después JOSEFA

Pepe Siéntate, distinguido amigo. (Se sientan.) Ya ves, para mi hermana eres un ser despreciable, un villano, y, sin embargo, para mí eres un grande hombre. Tu profesión es noble como la que más. Guardador nato de las miserias humanas. Eres un filósofo. . sin saberlo, por supuesto. Eres el estoico guardián de la gran noche. Eres...

Sep. (Bosteza.)

Pepe Un hombre muerto de hambre. (Toca el timbre.)

Jos. (Desde la puerta.) ¿Llama el señorito?

Pepe — Sí, entra, musa de la cocina.

Jos. — (Al público.) ¡Qué bueno es el señorito don Pepe! A toícos los borrachos del pueblo proteje.

Pepe — Mira, ¿qué hay de aquí?... (Indica de comer.)

Jos. — ¿De aquí?... To lo que osté quiera.

Pepe — De primera.

Jos. — Pero guardao en la alacena por la señorita.

Pepe — ¡Caramba, carambal (Al Sepulturero.) ¿Y tú, qué dices á esto?...

Sep. — Yo... don Pepe...

Pepe — ¡Sí, hombre! ¡Muy natural! Hay gachó que cuando se toma dos copas, todo le parece mal, hasta el haber nacido... y este al contrario, contra más copas tiene en el cuerpo, más encantado de la vida. Misterios alcohólicos son estos, que sólo Dios y los taberneros están facultados para descifrar. (A Josefa.) Bueno, pedrusco virgen, búscame algo de comer para este amigo. Es un hombre con derecho á la vida.

Jos. — Bueno, señorito, yo voy á buscar algo. Pero...

Pepe — No hay peros que valgan. Son manzanas. Conque... mueve los corvejones.

Jos. — Qué gracioso es el señorito don Pepe. (Vase puerta lateral derecha.)

Sep. — Es osté el hombre más barbián que hay en la tierra. Con muchos hombres como osté...

Pepe — El aguardiente valdría á mil pesetas el litro.

Sep. — ¡Si osté supiera lo que yo siento por osté!

Pepe — Sí, hombre, sí. El estómago es muy agradecido.

Sep. — Osté es un caballero.

Pepe — Eso díselo á mi hermana.

Sep. — ¡Si todos los hombres fueran como osté!

Pepe — Pues figúrate, el verdadero estado socialista. La fraternidad humana tiene su principal factor en el alcohol. El vino y el aguardiente son los más bellos conductores de la igualdad social. Y aunque mi señora hermana lo considere despreciable, y mi señor hermano se sienta un doctorcillo cualquiera antialcohólico, hay que convencerse que el verdadero estado del hombre es el de borracho.

Sep. — ¡Natural, muy natural!

Pepe — Naturalísimo. Todos encantados de la vida. Ya ves, compañero Antonio, yo he sustituído mi rancio escudo nobiliario, según diría mi ilustre hermana, por otro más democrático y con un sólo cuartel. Una tajada muy grande sobre cielo aguardentoso.

Sep. — Qué gracioso es osté.

Pepe — Una enormidad.

Jos. — (Entrando con un plato de viandas.) Ya estoy aquí.

Pepe — ¿Esto qué es?

Jos. — Los sesos del señorito León.

Pepe — ¡Atiza! Ha llegado la hora de la vindicación social, compañero Antonio. Te vas á comer los sesos de un burgués. Bien es verdad que para la falta que le hacen... (Se pone el plato delante.)

Sep. — (Hace como que busca el tenedor.)

Jos. — (Vase lateral derecha.)

Pepe — A un socialista no le hace falta tenedor. Hace uso del instrumento común á todos los ciudadanos: los dedos.

Sep. — (Comiendo á prisa.) Osté es el hombre...

Pepe — Ni una coma más, compañero Antonio. Yo practico la igualdad social á mi manera, otros la entienden de otra. Todo es del color...

Jos. — (Entrando.) El vino.

Pepe — Compañero Antonio, ¿de qué estás?

Sep. — De aguardiente.

Pepe — Entonces no te conviene promiscuar.

(Suena fuera la campanilla de la puerta de entrada.)

(Vase Josefa y vuelve en seguida.)

Jos. — ¡Señorito! ¡Señorito! ¡El señorito León!

Pepe — ¡Cáscaras, mi hermano! Esto es más grave. ¡Compañero! Precipitémonos en mis habitaciones, allí concluye de comerse eso.

Sep. — (Se levanta precipitadamente, llevándose el pan, el vino y el plato.)

(Hacen mutis don Pepe y Sepulturero por la puerta segunda lateral izquierda.)

ESCENA VI

LEÓN ROUGE y JOSEFA

León (Entra dando señales de cansancio y agotamiento físico.) ¡Qué cansancio! ¡Qué fastidio! (Deja el sombrero encima de una silla y se sienta.) Es triste no poder pasear, no poder moverse más de lo acostumbrado, no poder extralimitarse en nada. Al menor exceso, cansancio, dolor en las piernas, en los brazos, en todo el cuerpo. Aplanamiento del espíritu, de todo mi ser. (Doliéndole una pierna.) ¡Ay! Tengo momentos desesperados en que la vida me es odiosa. (Reparando en la criada.) ¿Qué haces ahí? ¿Cómo no te has ido?

Jos. Esperando que osté me lo dijera.

León Es raro lo que ocurre contigo, muchacha. Cuando llamo, no acudes ó tardas en venir todo el tiempo que te viene en gana; cuando no te se llama vienes deprisa, atropellándolo todo, y cuando estorbas te quedas embobada como si hubieras echado raíces en el suelo. Vete, vete.

Jos. (Cuando hace mutis por la puerta del foro hace señas significativas achacando locura á León.)

León (Breve pausa.) ¿Dónde estará Lucila? Parece que adivina mis pensamientos. Parece que ha leído en mi corazón, como en uno de esos libros de poesía á que tan aficionada es, la pasión que por ella siento. Y esquiva mi presencia, temerosa, atolondrada, como si fuera á partir de mí un mal irremediable. ¡Cuán equivocada está! Mas yo la haré comprender su error. Haré sentir en ella esta sensación que conmueve profundamente mi ser. Haré que me mire, que me escuche, que me ame. ¡Que me ame! Hay una fuerza superior, irresistible, que me arrastra hacia ella, hacia esa niña que crié como á una hija y amo como á una amante. Hay veces que me parece haberme equivocado, que mi pasión no es pura, no es digna de su juventud inmaculada... pero otras veces siento

que renace ante ella mi pasada juventud ¡la adorable juventud que yo derroché en orgías!... y corre mi alma tras su alma con toda la pureza de un amor ideal, romántico, con lirismos de poeta y gallardías de doncel... ¡Mas.. aguarda, corazón, que no has de llegar nunca si has perdido el tiempo corriendo en vano! (Pausa.) Llamaré á la criada. (Toca el timbre.) Quiero verla; no es posible seguir así.. Hay que terminar de una vez esta situación.

Jos. (Entrando por la puerta del foro.) ¿Llama el señorito?

León Sí. ¿Está la señorita en su cuarto?

Jos Me parece que sí.

León Pues entérate, y dila que venga.

Jos. (Vase primera puerta lateral izquierda.)

León ¡Quiero hablarla, quiero sentir cerca de mí la frescura lozana de su juventud, quiero sufrir viéndola!

Jos. (Entrando.) La señorita, que ya viene. (Vase foro.)

ESCENA VII

LEÓN, LUCILA, después MAGDALENA

León Es raro lo que me ocurre. Desde hace algunos días esta pasión se agiganta de un modo que me da dicha y espanto.

Luc. (Entrando.) Buenos días, tío.

León Buenos días.

Luc. (Queda cohibida sin avanzar.)

León Ven, Lucila, siéntate junto á mí. Quiero hablarte. Ya es tiempo de que hablemos de cosas que te interesan.

Luc. Es usted muy bueno.

León Ven, acércate. Has perdido la buena costumbre de tratarme con cariño, de besarme. Antes, cuando venías de la calle, cuando entrabas donde yo me hallaba, á todas horas, corrías hacia mí alegre y saltarina á darme un beso, y si yo estaba distraído, tú me recordabas tu caricia. Ahora parece que

huyes de mí. No eres la misma Luci de antes.

Luc. (Acercándose con la cabeza baja.) Nada de eso, tío, siempre soy la misma.

León (Momento de extraña indecisión. Tembloroso coge la cabeza de Lucila y le da un beso en la frente.) Siéntate aquí. Quiero que sepas que nos preocupamos de tu porvenir.

Luc. Mi porvenir no debe preocuparles. Hoy por hoy soy muy feliz viviendo al lado de ustedes. Como soy aún muy joven no he pensado...

León Todo eso está muy bien. Tus palabras sirven de consuelo á mi alma, porque veo que nos quieres. Ya eres una mujer, tus muñecas de niña las abandonaste en el rincón de tus recuerdos infantiles, y hora es de que vayas pensando en cosas más serias.

Luc. (Tristoncilla.) Y si viera usted qué desencanto me ha producido el ser mujer. No puede imaginarse qué desazón, qué ansiedad producía en mi ánimo todo aquello que se relacionaba con mi futuro estado. Cualquier cosa, cualquier nimiedad, me producía un anhelo, una curiosidad... Aguardaba con mucha alegría la época en que me pusiesen los vestidos largos... Me daba mucha vergüenza ir con las pantorrillas al aire. Todos los muchachos que pasaban á mi lado se me quedaban mirando, y decían: ¡anda, qué gordas! Son tan descaradotes. También pensaba, dándome cierta importancia, en el respeto con que me tratarían los criados, en que iría á todos los bailes, en que ya podría quedarme con tía cuando hubiera visita, en.. bueno, en muchas cosas... ¡Eran las ilusiones que enturbiaban mis juegos de niña! Y ahora, ya que soy mujer, no se cómo explicarlo, pero nada es igual á como yo me lo había forjado. El vestido no es tan largo como yo lo deseaba. Y eso que me ha dicho doña Remedios que llegará algún día en que me guste enseñar algo de pantorrillas. Desde luego que por esas no paso. Las criadas me tratan igual que antes. Figúrese usted, con lo borricota que es Josefa, que para

ella todo el mundo es igual. A los bailes no quiere tía que vaya. Dice que son ¡la condenación de las almas! En visita no me quedo porque me aburre tanta seriedad, y lo demás... lo demás... (Suspira.) Qué sé yo... ¡Es tán inexplicable lo demás!

León Así, así quiero oirte. Razonando como una mujercita que seriamente piensa todas las cosas. Comprendo tu desencanto. Nunca las ilusiones que nos imaginamos, cuando llegan á realidades, son tal cual las forjamos. La ilusión es esencia que se evapora al contacto con la realidad. Considera que mayor será tu desencanto si seriamente no piensas en tu porvenir.

Luc. Bien, tío, ya que usted lo quiere pensaré en mi porvenir.

León Vamos á ver, con franqueza, ¿has tenido algún novio? Es decir, amores serios.

Luc. (Sorprendida vacila, haciendo signos negativos con la cabeza.)

León Bien; entonces no sabes lo que es amor. Y dime, ¿no has pensado todavía, como todas las muchachas de tu edad, en tener un novio, en constituir tu hogar, tu casita?

Luc. (Vacilando.) Me pone usted en un aprieto. Verá usted... Sí, sí, algunas veces... Precisamente en la casa, en el hogar, seriamente no he llegado á pensar, pero en un novio... en un novio..

León Sí, en un novio.

Luc. Eso sí. El novio entra en lo demás... en aquel demás de mis ilusiones.

León Eres angelical. ¿Y tú no sospechas que puedas ser amada, que haya un hombre que en silencio te adora, un hombre que te daría novio, casita y hogar?

Luc. (Precipitadamente y con alegría.) Sí, sí, lo sospecho, y seguramente que usted sabe algo. Pero... pero... no, no, no sospecho nada. Todo son ilusiones. Por Dios, tío, no me mire así, que me da miedo. ¿Le he disgustado? Si le incomodo me marcharé. (Se levanta.)

León No me incomodas. (Nervioso y triste.) Son pensamientos que al pasar por mi cerebro me atormentan, dudas que me hacen sufrir,

quizás sin fundamento alguno, que nublan mi espíritu, pero todo es nada.

Luc. Ha sido usted tan bueno para mí, que cuando me figuro que se halla incomodado por culpa mía, quisiera evitarle el disgusto, aunque fuese á costa de algún sacrificio.

León ¡Si tú supieras cuánto te quiero!

Luc. ¡Toma! eso ya lo sé. Me lo ha dicho usted tantas veces. «Luci, te quiero como á una hija.» «Yo también quiero á usted como á un padre», le he contestado.

León No, Luci, no es así...

Luc. Sí, tío, así es.

León No, niña, no me comprendes. Me refiero á otra clase de cariño. Siempre no iba á quererte así, como un padre, porque no siéndolo...

Luc. (Con extrañeza.) Pues entonces, ¿cómo me quiere usted ahora?

León ¿Tú no decías que por no verme disgustado serías capaz de un sacrificio?

Luc. Sí.

León Bien, pues yo quiero algo de ti que no es sacrificio precisamente y que puede ser tu felicidad.

Luc. No comprendo. Porque supongo no querrá usted que le quiera más que á un padre.

León No lo creas, querida Luci, se trata precisamente de eso. Yo anhelo que tú me quieras de otra manera, como...

Luc. Tío, qué serio se pone usted. Cualquiera diría que me quiere comer con los ojos.

León Quiero que tu cariño sea, como el que se le tiene... por ejemplo, á un novio, á un novio que se le quiere mucho... (Cogiéndole la mano.)

Luc. (Angustiosa.) ¡No me mire usted así! ¡Suélteme la mano! ¡Yo le quiero á usted! ¡Como usted dice, no, no puede ser! (Levantándose.) ¡Estoy muy angustiosa! ¡Nunca creí que usted me pudiera amar de esa forma! ¡Mas no quiero engañarle! ¡Yo amo á otro hombre! ¡Creí que usted lo sabía, y por eso!...

León ¿Qué dices, niña atolondrada? ¿Tú amar á otro hombre? ¡Será un capricho fugaz, una ilusión más que ha pasado por tu cabeza de niña!

Luc. No, tío León, está usted equivocado. Amo y soy correspondida. Usted, hace poco, me decía que anhelaba mi felicidad. Pues bien, mi felicidad está en él, sólo en él.

León ¡En él, en él! ¡Y yo! ¿no soy merecedor de ese cariño? Yo que he seguido paso á paso tu vida, mirándome en ella como en el crisol donde había de fundirse la mía, recreándome en tus virginales bellezas, cual cuidadoso jardinero que ve brotar poco á poco de su más preciado rosal la fragante rosa. Yo que he visto en ti un resurgir pujante de mi juventud... he de resignarme á un sacrificio que es superior á mi voluntad.

Luc. ¡Por Dios! ¡Le ruego que piense lo que dice! Está usted ofuscado. ¡Yo soy casi una niña! ¡Usted lo ha dicho! ¡Usted es!...

León ¡Sí, dilo, aunque me recuerdes verdades dolorosas! ¡Yo soy para ti casi un viejo, pero ¿qué importa si mi corazón es joven, si todavía siento en mi pecho ansias locas de juventud?

Luc. ¡No, no puede ser, tío León! Yo sé cuánto os debo; sé que apenas tengo derecho á ser vuestra sobrina; que soy la huerfanita que pudo llegar á tener por vivienda un a ilo, y que me habeis hecho una señorita. Todo lo sé, pero no exija usted de mí imposibles. Yo no puedo amarle. Ya lo he dicho... amo á otro hombre.

León ¡A otro hombre! ¿Y yo?

Luc. Le querré como á un padre, pero como usted dice, no, no puede ser.

León ¡Sí puede ser cuando se quiere! ¡Todo es voluntad! ¡Y para que así sea yo haré que termine ese amor de niña!

Luc. ¡No, tío, usted no lo hará!

León ¡Sí lo haré!

Mag. (Apareciendo por la puerta lateral derecha.) ¡Hermano! (Pequeña pausa.) Vete á tu cuarto, Lucila.

Luc. (Vase llorando, por la primera puerta lateral izquierda.)

ESCENA VIII

MAGDALENA y LEÓN

Mag. He oído algo de lo que acabas de decir á Lucila.

León Y bien ¿qué?

Mag. Nada, absolutamente nada. Si te parece poco lo que exiges á esa pobre niña. Por que... aunque es su miaja de respondona, desobediente como ella sola y un poco ligerilla de cascos... en eso se parece á su madre que allá nos esté aguardando muchos. ¡Cabeza más ligera no la hubo! Cuando comprendí tus intenciones, te lo dije. Me parecen ridículos, muy ridículos esos amores á tu edad. ¡Vaya un escándalo!

León ¿Has concluído, hermana? Porque cuando empiezas á disparatar eres un tren sin freno, cargado de tonterías.

Mag. ¡Muchas gracias! ¿Te parece lógico y humano que una muchacha que acaba de ser mujer, sienta por ti una pasión ideal? Ni tu tipo, ni tu aspecto, ni tu estado de salud, dan lugar á creerlo así.

León Siempre eres la misma. Llevas las cosas á un estado de intransigencia exageradísimo. Que me encuentro enfermo es harta dolorosa verdad que me desconsuela. Pero, ¿por qué no he de amar y ser amado? ¿Qué fuerza superior se opone á ello? ¿Es el primer caso? No ciertamente. A mi edad, las pasiones son más duraderas, más invencibles, más positivas; están cimentadas sobre el castillo de la experiencia, sobre la fortaleza de los tiempos que pasaron luchando con la realidad y con la vida. Hay en mí una fuerza superior que me arrastra hacia ella. ¡Cuando estoy á su lado siento enardecimientos locos, un fuego interior que abrasa mi ser en la llama del deseo!

Mag. ¡Eso, hermano, eso; el deseo! Tus sentimientos te delatan. Después de haber vivido tan deprisa, después de haberte materializado

tanto, no es posible creer que sientas por Lucila un amor platónico. Además, que nada tiene de particular que la niña ame á otro hombre.

León Sí, lo sé; ella misma me lo ha dicho. ¡Es Mario Luque! ¡Me lo dice el corazón!

Mag. Pues si lo sabes no debes insistir.

León Ahora más que nunca. Tengo derecho todavía á ser feliz.

Mag. Muy justo. A costa de la felicidad de otro ser, mejor dicho, de dos seres. Lucila y su novio.

León ¡Su novio, su novio! ¡Yo haré que desaparezca ese hombre de su corazón, de esta casa, de la capital si fuera preciso! ¡Si ha de haber algún sacrificado, no he de ser yo! ¡Mi egoísmo es muy humano; nace de mi pasión, y ésta no ha de reparar medios para verse satisfecha!

Mag. Bonita manera de argüir.

León Muy humana, Magdalena; es la filosofía del amor.

Mag. ¡De un amor injusto, sin piedad!

León ¡Hermana!

ESCENA IX

DICHOS. DON PEPE y SEPULTURERO

Pepe (Entrando segunda puerta lateral izquierda.) Adelante, amigo Antonio Estás que ni pintado.

Sep. Mesmamente parezco un señorico. (Vestido con un traje usado de don Pepe que le está muy mal.)

Pepe Parece que te has destacado de un figurín.

Sep. Eso mesmo digo yo. Ya quisieran muchos señoricos que presumen de tóo, que le asentase la ropa como á mí. ¡Ole! Comío y vestío. Y luego habla mi compadre del socialismo.

Pepe Amigo Antonio, el alcohol todo lo allana. (Sorpresa al notar la presencia de Magdalena y de León.)

Mag. (Dirigiéndose á León.) Tu hermano. Tu hermano Pepe hecho una cuba y protegiendo á la hez del pueblo.

León (A don Pepe.) ¿Qué quiere decir esto? ¿No te basta con embriagarte en la calle, desprestigiando el nombre que llevas, sino que vienes también beodo á tu hogar para escarnecernos?

Pepe Poco á poco, beodo no; he dicho antes que pintoncillo; yo creo que se nota.

León Vas á añadir al escarnio la burla.

Sep. (A don Pepe.) Déjelo osté, que ha bebío agua solamente.

Mag. Y tener que pasar por estas humillaciones. (Con mucha rabia.) ¡Y que una no pueda hacer lo que debiera!

Pepe Cálmate, hermana Magdalena. (Aparte.) Qué poco tiene de su nombre. (Sigue.) No hay que sofocarse. Cuestión de apreciaciones. Lo que á ti te parece mal, á mí me parece de rechipén; por contra, lo que á ti te parece bien a mí me parece mal. Todo está resumido en una frase: Falta de compenetración familiar.

Sep. ¡Qué bien habla don Pepe!

León Basta ya de tanta tontería En buena hora que te embriagues en la calle, que protejas á quien te dé la gana, aunque sea á la escoria del pueblo...

Sep. ¡Señorito, eso..!

Pepe Calla y perfílate.

León ¡Pero que el hogar donde naciste sirva de abono al campo de tus vicios, no lo consiento, ni lo consentiré nunca!

Sep. ¡Camará! cómo está la cosa...

Pepe Cualquiera diría al oirte que eres un modelo de virtudes, un Justiniano de menor cuantía

Sep. Vamos, don Pepe, vamos, que esto se avinagra.

Pepe Sí, vámonos.

Mag. ¡Esta escena es insoportable!

Pepe Ya he dicho más de una vez que la única insoportable en esta casa eres tú.

León ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Fuera de aquí!

Pepe Qué miedo... Hasta luego, hermanos... hasta... (Van á salir don Pepe y el Sepulturero.)

León (Indeciso.) No, no te vayas. Es preciso que hablemos. Quédate.

Pepe Como tú quieras.

Sep. Salud y buena suerte, don Pepe. Muy buenas... (Vase foro.)

ESCENA X

LEÓN, DON PEPE y MAGDALENA

León (Breve pausa. Paseando.) Siéntate, Pepe. Es preciso que de una vez para siempre fijemos la conducta que hemos de seguir.

Pepe Por mi parte... Tú dirás. (Se sienta.)

Mag. Cuidado que es fresco mi querido hermano.

Pepe ¿Pero no decías que estaba borracho? ¿En qué quedamos, hermanita mía?

Mag. Quedamos en que eres un sinvergüenza.

Pepe Poco á poco y fíjate bien en lo que dices. El ser una vieja gruñona no da derecho á insultar á nadie.

Mag. ¿No oyes, León? ¿No oyes?...

León Sí oigo, hermana; bien sabe Dios que no quisiera oir nada.

Pepe ¡Pues no faltaba más! Digna y distinguida descendiente de los Rouge Mendoza, ¿no te queda ningún otro epíteto que brindarme de tu vocabulario exquisito?

Mag. (Hace signos de desesperación.)

León Calma de una vez. Como hermano mayor que soy, tengo derecho á hablaros y á reconveniros seriamente. Es preciso que ambos me escucheis, dejándoos por ahora de vuestros dimes y diretes.

Pepe No soy yo quien empieza, es ella.

Mag. ¡Si tú no fueras...!

León ¿Os vais á enredar otra vez? (Pausa.) Tú, Pepe, has llegado paulatinamente á un estado de relajación, que eres la vergüenza y el ludibrio de la familia.

Pepe (Pretende protestar.)

León Escucha y luego te escucharé. Dominado por ese nefasto vicio que te va matando lentamente, tu alcoholismo ha llegado á agudizarse en estos últimos tiempos de una manera, de una forma harto vergonzosa para todos.

Pepe (Impaciente.) ¡Pero hermano!

León Antes te contentabas con embriagarte en la casa. Pero ahora no. Te ha parecido escaso terreno para medir tus borracheras y te vas á cogerlas á las tabernas, á pasearlas por las calles, siendo el hazme reir de la gente, el desprecio de todos, que te señalan con el dedo como á un ser grotesco y degradado.

Pepe (Más impaciente.) ¡Hermano, que abusas de mi paciencia!

Mag. Se ofende con la verdad. Más, mucho más te mereces.

León Repito que silencio. Aún queda que decir.

Pepe ¡Paciencia, Pepe, paciencia!

León Parece que cuanto más borracho estás, más placer sientes en denigrarte y en denigrarnos. Y del brazo se te ve de truhanes y mendigos, de gente de mal vivir y de mujerzuelas de aspecto repugnante.

Pepe Ya me va cargando tanta estúpida moralidad. Quiero hablar, quiero contestarte.

León Ya lo harás, queda poco que decir.

Mag. Hace ya mucho tiempo que debieras haberle dicho todo eso.

Pepe Tú, punto en boca.

León Tu conducta, harto vergonzosa para todos, debe tener un final radicalísimo. Va en ello tu dignidad y la nuestra, y por encima de todos la memoria de nuestros padres.

Pepe La bilis que estoy tragando me va á hacer más daño que si me bebiera una botella entera de curaçao.

León Por lo tanto, espero y exijo de ti...

Pepe (Interrumpiendo.) Ni que fuera la *Gaceta*.

León ... Me prometas firmemente que desde hoy en adelante abandonarás tus borracheras para volver por los fueros de tu dignidad y la nuestra, tan ultrajada y vilipendiada.

Pepe Bueno, ahora me toca á mí hablar.

León Aguarda. Tengo que decir á Magdalena cuatro palabras.

Pepe ¡Anda la órdiga! Ahora le toca á mi hermanita. ¡Lo que nos vamos á reir!

Mag. ¿A mí?...

León A ti, Magdalena. (Pausa.) Quizás por razones de tu estado, de esta vida monótona y triste

que haces, has perdido aquella jovialidad que te caracterizaba y que era la mayor alegría de nuestros padres. De aquellas regocijantes cualidades sólo queda en ti un carácter irascible, agresivo.

Pepe ¡Anda! chúpate esa, Magdalenita.

Mag. Hay días, León, que estás inaguantable...

Pepe (Interrumpiendo.) ¡Insoportable!

Mag. Ni que fueras predicador de real orden.

Pepe ¡Cómo protesta!

León Comprenderás mi buena intención, los nobles propósitos que me animan...

Mag. Sí, todo lo comprendo, pero tú también debieras darte un repasito.

Pepe ¡No, él no! El repasito se lo daré yo. ¡Vaya si se lo daré!

León Tened calma y escuchadme. Digo, que tus condiciones de carácter motivan en esta casa serios y graves disgustos. Las criadas no duran dos días, todas se van renegando de tus intemperancias, altanerías y desconsideraciones. Tratas mal á Lucila, siendo para ella en vez de una madre cariñosa, que halle en tu protección el cariño que por desgracia para ella no tuvo, la dómine que la educa en una rigidez despiadada.

Mag. ¡Yo reviento...!

Pepe ¡Ja... ja... ja...! Te ha llegado el turno.

Mag. Tolero tus hipócritas sermones, pero las burlas de ese borracho no las tolero.

Pepe Esto es, que son ¡intolerables! ¡Ja... ja... ja...!

León Si os digo crudezas, palabras y conceptos que lastiman vuestra sensibilidad, considerad que os las dice un hermano.

Pepe (Aparte.) ¡Qué cínico!

Mag. ¡Hipócrita!

León Os molesta que os diga la verdad, quiero hacer cambiar vuestra manera de ser, y me insultais. No me disgusto, no quiero disgustarme.

Mag. Después de los insultos ponte bien.

León Ahora queda la parte más interesante; Magdalena ya está impuesta de ello, sólo á ti falta saberlo.

Pepe ¿Y cuándo va á corresponderme hablar á mí?

Mag. Ya hablarás... ¡Paciencia, y revienta...!

Pepe Como tú... (Pausa prudencial.)

León He decidido contraer matrimonio con Lucila.

Pepe Lo sabía. Ella misma me lo ha dicho.

León ¿Entonces...?

Pepe ¡Deliras, querido León! Ya había observado tus miradas incendiarias, tus aproximaciones á la nena, pero... francamente, siempre vi en ti al sátiro, ¡al eterno sátiro! y nunca creí que pudieras llevar tu fogosa pasión hasta el punto de sacrificar á esa pobre é inocente niña, sólo por satisfacer tus...

León ¡Calla, calla! Te prohibo que hables así.

Pepe ¡Qué he de callar!

Mag. (Levantándose.) No te escucharé yo. Palabras de borrachín.

Pepe Palabras de borracho, de loco ó de niño, palabras que brotan del corazón. Y os diré la verdad, aunque os pese.

León Mesúrate al hablar. Comprende que no sé si me asistirá suficiente paciencia para oirte.

Pepe ¡Claro que te asistirá! Me habeis insultado injustamente ambos, cuando soy precisamente el mejor de los tres.

Mag. ¡El mejor! ¡El mejor! (Contiene la risa.)

León ¡Déjalo!

Pepe ¡Oidme! (Pausa.) Nuestros padres, por un mal entendido cariño, nos educaron erróneamente.

León ¡No he de consentir que insultes la memoria de nuestros padres!

Mag. ¡Hasta ofender á sus padres!

Pepe Nada de eso. No trato de ofenderlos. ¡No fueron ellos los culpables, no, fuimos nosotros después! Digo sólo que su cariño nos inició falsamente en nuestra equivocada juventud. A ti, hermanita Magdalena, te educaron como á una princesa sin mesnadás. Te desarrollaste en un ambiente de estúpida autocracia, sin tener elementos para ello, cerrando tu corazón á los jóvenes que llamaron amorosamente á él, porque los creías de condición inferior á ti. ¡Acuérdate de Antoñito! Te amaba y tú también le amabas, pero supiste traicionar tus sentimientos,

ahogando los nobles impulsos de tu corazón, sólo porque aquel muchacho no era, ni poseía, lo que tu hueco cerebro había soñado.

Mag. ¡Está loco! ¡El aguardiente lo ha trastornado!

Pepe Los de tu clase te parecieron insignificantes y ponías tus miradas más alto, mucho más alto, pero, ¡ah, desdichada! que si los infantes veíanse impotentes para llegar á ti, rindiéndose en el camino, los caballeros pasaban de largo, apenas sin fijar sus altivas miradas en tus encantos de mujer, en tus sueños de princesa.

Mag. ¡No, no puedo oirlo!

Pepe Y tu juventud se agotó esperando, esperando siempre al príncipe que nunca llegaba... hasta que pasaron años y años, y la juventud se fué para no volver más

Mag. ¿Pero no oyes, León? ¡Me insulta!

León Sí oigo, déjalo que hable. (Con desprecio.) Alguna vez habíamos de escucharle.

Pepe Sí, hermana, no has sabido ser joven, ni novia, ni madre, ni buena cristiana. Eres otra degenerada, como ese y como yo.

León ¡A mí no te consiento que me ofendas!

Mag. Pero á mí sí. Me ha ofendido.

Pepe La realidad, por muy triste y desagradable que sea, no puede ni debe ofender á nadie.

León Bien, hemos acabado. (Levantándose.)

Pepe ¡No, señor! No hemos acabado. Si el ser hermano mayor te da derecho al gobierno de la casa y á dirigirnos reproches, yo, como hermano menor, tengo el deber de advertiros vuestros defectos.

León ¡No tolero que se me discuta!

Pepe ¡Bonita teoría! He ahí una muestra de tu omnipotente orgullo. Pues te discutiré y me tendrás que oir.

León ¡Pepe..!

Mag. Ahora digo yo lo que tú decías antes ¡Déjalo que hable! Está más borracho que nunca.

León Acaba. (Sentándose.) Habla, pero se breve.

Pepe Acuérdate de nuestra infancia. Nos criaron siempre alejados de los demás niños, sin confraternizar con los que como nosotros ponían en sus juegos toda la alegría de la niñez. Despuntando en hombrecitos decidie-

ron nuestra suerte. Tú serás abogado, te dijeron, y tú serás el encargado de la hacienda de todos, me ordenaron. Cursaste tus estudios en un colegio rígido y de encumbradas pretensiones, y cuando volviste á la capital, triunfante y retador, te creíste de muy buena fe un virrey. Pudiste ser feliz casándote con cualquier muchacha de tu clase, pero tú, tu altivez, tus títulos, no podían descender y te dedicaste á seducir pobres muchachas, haciéndolas madres para luego abandonarlas. Tus hijos abandonados andan por ahí, mientras tú te das la mano á diario con nuestra señora doña Justicia.

León ¡Concluye de una vez, porque me estás desesperando, y no sabré si tendré paciencia para seguir por más tiempo escuchándote!

Pepe ¡Paciencia! Fuiste á fuerza de influencia y de favoritismo el abogado con más lucrativo bufete de esta capital; fuiste juez y fuiste el gran cacique que rige los destinos de un distrito, de un número considerable de hombres que tú, por paradoja, llamas ¡mis huestes políticas!

León (Se impacienta y amenaza.)

Pepe ¡Ah! ¡Te duele mi descarnado decir! Y viviendo siempre en un ambiente de falsa selección, no has sabido lo que es amor del alma, y sólo has tratado de complacer tu cuerpo proporcionándole placeres fáciles y ficticios, adquiriendo esa enfermedad que es el martirio de tu vida.

León (Levantándose.) ¿Has acabado ya, borracho de los demonios?

Mag. ¡Lo que va á ocurrir aquí!

Pepe ¡Y ahora quieres hacer tu víctima á Lucila, no porque la ames con el alma, sino porque la deseas! ¡Y ahora más que nunca la deseas, porque sabes que ama á Mario, á quien odias doblemente porque ha venido á vencerte en tu carrera, á sustituirte, á desenmascararte, porque es joven y noble, y odias la nobleza de su juventud!

León ¡Basta, alcohólico inmundo! ¡Aunque seas mi hermano he de abofetearte! (Se abalanza á Pepe.)

Mag. (Interviniendo rápidamente.) ¡Respetad la memoria de nuestros padres! (Transición y pausa.)

León (Furioso; coge el sombrero y se va hacia la puerta del foro.) ¡Tendría que matarlo! ¡Huyo...!

Mag. (Se va hacia la puerta lateral derecha) ¡Oh, si nuestros padres vivieran! ¡A lo que han descendido los Rouge Mendoza!

Pepe (Vase hacia la segunda puerta lateral izquierda.)

(Todos desde sus respectivas salidas.)

Mag. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

León ¡Ah! Pero nadie se opondrá á que me case con Lucila. ¡Es mi voluntad, y nadie, entendedlo bien, nadie lo evitará!

Pepe ¡Sí se evitará! ¡Ya lo creo que se evitará!

León ¿Quién...?

Pepe ¡Yo! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El mismo gabinete que el primer acto. Es de noche

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA y JOSEFA

Mag. (Sentada leyendo un periódico.) Pasa, mujer, pasa.

Jos. (Desde dentro.) ¿Se pué señorita?

Mag. Si te he dicho que pases.

Jos. ¿Pero se pué pasar?

Mag. ¡Condenada! Te he dicho que sí.

Jos. (Entrando.) Aquí me tie osté.

Mag. Eres la criada más cerril que hemos tenido.

Jos. Yo no sé lo que será cerril, pero que soy la más mejor es mu verdad, por que toas han duraó la que más cinco días y yo llevo ya dos meses en la casa.

Mag. Por eso precisamente. Vamos, abrevia, di lo que deseas.

Jos. Pus, vera osté; el tío Antoñón y su mujer la Donisia, traen una cosa pa el señorito León.

Mag. Bien, dile que no está, que vuelvan más tarde.

Jos. Es que... hace ya más de dos horas que están esperando.

Mag. Que se hubieran ido y hubieran vuelto.

Jos. Es que paece que la cosa corría mucha priesa, y no querían dirse sin ver al señorito.

Mag. ¿Y no te han dicho lo que es?

Jos. Cosa de justicia.

Mag. (Aparte.) Será alguna tontería; así es, que lo mismo da que consulten con mi hermano que conmigo. No es el primer caso que he resuelto mejor que él. (A Josefa.) Anda, muchacha, diles que entren.

Jos. (Va hacia la segunda puerta lateral izquierda.)

Mag. ¿Dónde vas, equívoco de la naturaleza, dónde vas?

Jos. ¡Toma! Pus á llamar al tío Antoñón y á su mujer.

Mag. ¿No están en el patio?

Jos. Quiá, ¡no señorita! Están en el cuarto de don Pepe. Como venían tan cansaos los probecitos, y se estaban durmiendo, el señorito los llevó á su cuarto y están en su cama.

Mag. Lo último que me quedaba que ver. Mi hermano se ha creido que esto es una posada. Sus borracheras han tomado un nuevo aspecto. Proteger hasta en el sueño. Anda aprisa y diles á esos grullos que ya ha dormido bastante, que salgan inmediatamente.

Jos. (Vase segunda izquierda.)

Mag. (Leyendo en el periódico.) ¿Qué es esto?... ¡No puede ser! (Leyendo otra vez.) ¡Pero si está bien claro! «La distinguida y hermosa señorita Concepción Sánchez, contraerá matrimonio muy en breve con...» ¡Esto no es posible! Que afán de engañar al público en letras de molde. ¡Estos periodistas! Llamar distinguida á una mujer harta de correr por esos mundos. Pues, ¡y hermosa! ¡Qué sarcasmo! Cuando es más fea que un negro. (Leyendo.) ¡Y la llaman joven! ¡Esto es insoportable! Pero si me lleva á mí... (Haciendo memoria y contando con los dedos.) Dos... tres... cuatro... cinco... ¡Cinco años! ¡Claro, como que es contemporánea de doña Urraca! No es posible que el que haya escrito esto conozca á ese moro vestido de cristiana. Conocerá á su futuro... á su futuro. (Suspira.) Y sin embargo... se casa. Como que hay hombres que tienen las tragaderas más anchas que los cocodrilos.

ESCENA II

MAGDALENA, JOSEFA, ANTOÑÓN y DIONISIA

Jos. (Entrando.) Por aquí, pasen por aquí.

Dion. (Entrando.) ¡A la paz de Dios!

Mag. Que sea con ustedes.

Ant. Buenos días, señorita Magdalena.

Mag. Y tú los tengas, Antoñón.

Ant. La Josefa ya habrá dicho á la señorita, lo que nos trae por aquí.

Mag. Algo... Que desean ustedes ver al señorito para un asunto de su carrera.

Ant. Mesmamente.

Mag. Retírate, Josefa. Tomad asiento. (Josefa vase foro. Antoñón y Dionisia no se atreven á sentarse.) Siéntense. Les he dicho que se sienten. (Se sientan cohibidos.)

Dion. Verá osté, señorita.

Ant. Tú te callas, que estas son cosas de hombres.

Mag. Estás equivocado, Antoñón. En estas y en otras muchas cosas, las mujeres lo hacemos mejor que los hombres.

Ant. A mí lo mesmo me da. Lo que yo quiero es que la cosa quee á mi modo. ¿Osté me comprende?

Mag. Demasiado, Antoñón.

Ant. Es el caso, señorita Magdalena, que yo tengo una burra.

Mag. Por muchos años.

Dion. Pero es que la burra ha traío al mundo...

Mag. (Precipitadamente.) Un hermoso burro. ¡Vamos! Vienen para que mi hermano actúe de veterinario. (Aparte.) Los hay zoquetes de verdad.

Ant. (A su mujer.) Te he dicho que te calles. No es eso, señorita, esta no sabe explicarse. La cuestión no está en la burra, está en la cría. Toos sabemos lo que son estos casos.

Mag. Todos no, Antoñón. Hay quien lo ignora.

Dion. ¡Claro! La señorita entoavía no...

Mag. ¡Sí... entoavía no!... (Aparte.) ¡Qué bruta!

Ant. Vamos al grano.

Mag. Eso es, Antoñón, al grano...

Ant. Mi compadre «El Cestero», y mi compadre «El Pellejo», tienen ca uno un burro. Güeno, pues ambos á dos, acordaron conmigo, que sus burros y mi burra... (Hace signos significativos.)

Mag. No sea gráfico, tío Antoñón. Comprendo demasiado lo que quiere decir.

Dion. La señorita es despejá de inteligencia.

Mag. Regular, Dionisia, regular.

Ant. Tú te callas. Que cuando hablas es pa berrear.

Mag. Abrevie, Antoñón, que la consulta se hace demasiado pesada.

Ant. Con la condición de que la primera cría fuese pa ellos. Güeno y aquí está el lío. Como la burra ha tenío una borriquilla, ¿á quién de los dos pertenece?

Mag. (Estupefacta.) ¡Sí que el caso es raro! Propio para que lo resuelva el Tribunal Supremo.

Ant. Porque la cosa es que los dos quieren la cría, y el animal no pue dividirse, y me llevan al juzgao, y es lo que yo me he dicho. Puesto que nenguno de los dos pue llevarse el animal debe ser pa mí. Me parece que la ley está clara.

Mag. ¡Clarísima, tío Antoñón! Sobre todo para ti no puede estar más clara.

Dion. Que es lo mesmo que había dicho yo.

Mag. Sí, todos decimos igual.

Ant. Pues osté dirá, señorita Magdalena. En sus manos y en las del señorito León, encomiendo el asunto.

Mag. El caso es digno de estudio. Pero en fin, á esto no puedo yo contestarles; pertenece al derecho... al derecho... romano (Aparte.) O al derecho del más bruto, (Sigue.) y yo de ese derecho ó tuerto no entiendo. Mi hermano, mi hermano resolverá.

Ant. Como la cosa apremia, me parece..

Dion. Porque en el cortijo va á ocurrir una trigedia.

Mag. ¡Bueno, bueno! ¡Basta de retóricas! La consulta ha terminado. Pueden ustedes retirarse.

Ant. Señorita, ¿no sería mejor esperar á su hermano?

Mag. Sí, aguardarlo abajo, en el patio. Allí se está muy frescamente. (Toca el timbre.)

Jos. (Entrando en la escena.)

Mag. Acompaña á esta gente al patio, y que no se muevan de allí hasta que venga el señorito León. (Antoñón y su mujer se levantan.)

Ant. Cuidao que tie genio.

Dion. Ni que comiera pimiento picante.

Ant. Que osté siga bien de salud...

Dion. Que haiga alivio. (Vasen ambos esposos.)

Mag. Ir con Dios. ¡Será animal! ¡No sé de qué me iré á aliviar. ¡Cuántas impertinencias tenemos que aguantar las hermanas de los abogados! (Se levanta.)

ESCENA III

DON PEPE y MAGDALENA

Pepe (Entrando á tiempo que su hermana va á trasponer por el foro derecha.) ¡Eh! ¡Eh! ¡Oiga usted, señora hermanita! Deténgase un momento que tenemos que hablar.

Mag. ¡Ah! ¿Estás aquí? Ahora es cuando me voy más decidida que nunca. A la legua apestas á aguardiente.

Pepe (Avanza y la detiene por un brazo.)

Mag. Suelta, bruto, que me haces daño.

Pepe Es menester que hablemos. Se está ventilando en la familia una cuestión de más importancia de lo que á primera vista parece.

Mag. Yo no quiero mezclarme en nada.

Pepe Es preciso.

Mag. Bien, habla de una vez. (Sentándose.) Te escucharé contra mi costumbre.

Pepe (Sentándose.) ¿Tú sabes el resultado de la querella de nuestro hermano contra Mario?

Mag. No, no sé nada.

Pepe Pues bien, la Audiencia lo ha condenado á destierro.

Mag. Me alegro. Era un mequetrefe que me reventaba. Se creía el primer magistrado del mundo. Luego, desde que vino, siempre le

ha hecho la guerra á León. Ha tratado de sustituirle.

Pepe Da pena considerar que tu egoísmo te conduzca siempre á renegar de todo el mundo, y que en este caso sólo veas al que trata de suplantar á nuestro hermano. Como sino fuera una ley de vida que los jóvenes sustituyan á los viejos. ¡Hermana, tu soltería pesa cada vez más en ti!

Mag. ¡Pesan, caracoles! Mi hermano es mi hermano, y el otro es...

Pepe Un cualquiera. Ahí está. Pues ese cualquiera es el hombre que ama á Lucila, es una víctima de nuestro hermano, de su caciquismo y de su odio á la juventud, es un hombre bueno, noble y generoso que sabe perdonar el daño que le hacen, porque si no á estas horas habría buscado á nuestro hermano y lo habría hecho papilla.

Mag. Estilo tuyo. Tabernario puro.

Pepe O con mezcla. El valor y el vino, desgraciadamente, hay que mezclarlos con otras muchas cosas para que se sostengan.

Mag. Estoy asombrada de oirte. Las borracheras te han metido de lleno en el campo de la filosofía. Lo lamentable en tu caso es que esa filosofía debieras comenzar por aplicártela á ti mismo. Tus tabernas y tahures, tus mujerzuelas y gentuza la están pidiendo á voces. (Se levanta.)

Pepe (También se levanta.) Te vas sin escuchar el motivo de tu retención, y es preciso que me escuches. Dada tu autoridad cerca de León es menester que le hagas desistir de su pasión por Lucila. León es un enfermo que más necesita de medicinas que de amores. El exceso de ellos le ha traído al estado en que se halla.

Mag. Yo no puedo hacer nada. León no me obedece. Y sobre todo, ¿á qué más podía aspirar Lucila? Casarse con León no es un disparate.

Pepe Tú no quieres á Lucila, hermana. Quizás hasta la envidias...

Mag. ¡Yo!

Pepe Tú, sí, porque es joven y ha sabido sentir

lo que tú despreciaste cuando lo eras. La has criado como á una hija y no te duele entregarla al sacrificio.

Mag. Yo entiendo que su felicidad está en el casamiento con León, y nada más.

Pepe Porque lo ves tras el prisma de tus pobres y marchitos sentimientos. Está bien. Yo solo la defenderé. No necesito nada de ti. (Señalándole la puerta.)

Mag. (Desde la puerta lateral derecha.) Contigo, con un barril de alcohol, ¡bonita defensa le espera!

Pepe La que necesita.

Mag. (Con desprecio.) ¡Bah!

Pepe Vieja gruñona.

ESCENA IV

DON PEPE, JOSEFA, LUCILA

Pepe Mire usted por donde me encuentro metido en un conflicto que, francamente, no sé cómo saldré de él, y quiere decir que mucho menos cómo habrán de salir mis defendidos. En fin ¡don Pepe! adelante y á no desmayar. (Toca el timbre. Se pasea por la habitación un momento hablando solo.)

Jos. (Entrando.) Aquí me tiene osté, señorito don Pepe.

Pepe Mira, buena moza, aquello que te di anteayer tráelo con toda clase de precauciones. Que no vaya á verte mi hermana; para qué queríamos más.

Jos. Ahora mesmo.

Pepe ¡Oye! ¿El señorito Mario no está todavía en la esquina?

Jos. No, señorito don Pepe.

Pepe Anda aprisita y tráeme eso. Y en seguida que venga el señorito Mario avisa.

Jos. (Vase por el foro.)

Pepe (Paseando.) La verdad que es bien triste lo que me sucede. Mis hermanos obran conmigo tiránicamente. No me dejan beber en casa ni agua. (Pausa, paseando por la escena.)

Jos. (Entrando. Trae una alcuza en la mano.)

Pepe (Tirándose rápidamente un gran trago.) ¡Y que ten-

ga uno que beber el aguardiente en alcuza, ¿Puede darse mayor tiranía? (Se tira otro trago y entrega la alcuza á Josefa.)

Jos. (Intenta marcharse.) ¡Vaya un par de tientos!

Pepe (Cogiéndola por un brazo.) Aguarda, muchacha, que no he hecho más que tomarle el gusto. (Coge la alcuza y se tira otro trago.) Hay que pasar la vida entre trago y trago. ¡Ajajá! Así me encuentro ya más entonadillo. Como que sin gasolina soy automóvil... soy hombre perdido.

Jos. (Váse foro.)

Pepe ¡Berrr! ¡Berrr! ¡Esto es otra cosa! Ya estoy hecho un hombre. (Transición.) Ahora llamemos á Lucila. Quiero darle una agradable sorpresa. (Llama con los nudillos en la primera puerta lateral izquierda.) ¡Lucilita! ¡Lucilita! Parece que la oigo.

ESCENA V

DON PEPE, LUCILA, después JOSEFA

Luc. (Desde dentro.) ¡Ya voy, tío Pepe, ya voy! ¡Un momento!

Pepe Cómo se va á alegrar la pobrecilla cuando se lo diga. Pues... ¿y si se entera mi hermano? Ocurriría algo gordo. Con el odio que tiene á Mario. ¡Pero don Pepe á nada teme! Soy el velador... ó la mesilla de noche, de todas las injusticias.

Luc. (Entrando.) Ya me tiene usted aquí, tío Pepe.

Pepe Escucha, que voy á decirte una cosa muy buena.

Luc. No serán sus cosas de usted.

Pepe Son mis cosas; pero son las cosas buenas que yo tengo para las niñas buenas.

Luc. Ya me tiene usted con cuidado.

Pepe Tú serás muy reservada, ¡eh! Y de lo que va á ocurrir aquí no dirás una palabra á nadie, á nadie absolutamente.

Luc. Pero concluya usted de una vez, porque estoy muy impaciente.

Pepe Bueno, pues... pero no quiero encargarte discreción.

Luc. ¡Por Dios, tío Pepe! Tanto misterio, tanta advertencia me tiene ya en ascuas. ¿Supongo que no será otra desgracia más?

Pepe No, tontina. Para ti es una cosa muy buena. Pero es menester... una reserva muy grande, ¡absoluta!

Luc. Le ruego, tío Pepe, que me diga ya de una vez lo que es, porque tengo hormiguillas en los pies de tanto esperar.

Pepe Bueno, ahí va. ¿Querrás... tú... ver... ahora mismo á Mario?

Luc. ¡A Mario! ¿Dice usted á Mario?

Pepe A Mario.

Luc. ¡Sí, sí, tío Pepe! ¡Ay qué alegría si fuese verdad! Pero no será así. El pobrecillo ya se habrá marchado. Me lo decía en una carta.

Pepe Todavía no.

Luc. ¿Y puedo ya verle?

Pepe A eso vamos.

Luc. Qué bueno es usted, tío Pepe, qué bueno... Es usted el más bueno de esta casa.

Pepe Sí, hija; los demás son de peor calidad.

Luc. ¡Ay, qué alegría! Porque enmedio de la tristeza que tengo, esto es un clarito de alegría.

Pepe La mayor reserva. Ni una palabra...

Luc. ¡Por Dios! Tío Pepe, que pasa el tiempo. ¿No ves qué impaciente estoy?

Pepe Ahora mismo, monina. (Desde la puerta del foro.) No digas nada á Mario de lo ocurrido entre tío León y tú, que trastornaría nuestros planes.

Luc. Bien, sí; ya lo sé... pero corra usted.

Pepe Ahora, aguarda. (Vase.)

Luc. ¡Aguarda! ¡Aguarda! Como si al corazón se le pudiera decir ¡aguarda, aguarda, que ya calmarás tus ansias! (Transición.) Después de todo, soy injusta con tío Pepe. (Aproximándose á la puerta.) ¡Ah! ¡Ya vienen, ya vienen! (Bate palmas.) Escucho sus pasos. ¡Calla, corazoncito, que es para complacerte! (Entran don Pepe y Josefa.) ¡Qué decepción!

Pepe Paciencia, Lucila. No se bebe todo el aguardiente del mundo en una hora. (A Josefa.) Vas á la esquina, que venga contigo el señorito Mario, y tú te quedas en el corredor para avisar si viene alguien.

Jos. Conforme. Por la señorita Lucila soy yo capaz de dejar hasta mi novio. (Vase.)

Pepe Yo me colocaré allí dentro (Señalando á la puerta lateral derecha.) para vigilar también. Así quedais aislados como los cables de luz eléctrica. Pero que no haya contacto.

Luc. Ya sabe usted que soy muy formalita.

Pepe Así me gusta á mí, formalidad. Que haya lo natural.

Luc. (Acercándose á la puerta para escuchar.) ¿Parece que tarda?

Pepe Todavía es pronto.

Luc. ¡Ya vienen, ya vienen!

Pepe ¡Chiquilla! No oigo nada. ¿En qué lo conoces?

Luc. En este. (Señala al corazón.) ¡Toca, toca!

Pepe (Alarga la mano y después la retira.) No, que me voy á quemar.

Luc. ¡Ah, corazoncito!

Pepe ¡Qué buen anunciador es!

(Ambos se apartan, colocándose en los extremos de la escena.)

ESCENA VI

DICHOS y MARIO

Mario (Entrando.) ¡Lucila de mi alma!

Luc. ¡Mario!

(Intentan abrazarse.)

Pepe ¡Poco á poco! Compostura, y desechad las demostraciones gráficas.

Mario (Estrechando la mano á don Pepe.) Gracias, don Pepe. No sabe usted lo que le agradezco estos momentos de felicidad que me proporciona. Le estaré á usted reconocido eternamente. Es usted nuestro ángel tutelar.

Luc. Es muy bueno.

Pepe Gracias por vuestros piropos... y á despachar cuanto antes. ¡Ah! Si yo diese un silbido, os escondéis precipitadamente.

Mario En el cuarto de Lucila.

Pepe ¡No, hombre no! Detrás de esa puertecita, que estaréis mejor. ¡Ah, el amor, el amor, debeser más rico que el vino de Jerez! (Vase, lateral derecha.)

ESCENA VII

MARIO y LUCILA. Toman asiento en el sofá

Mario Me parece un sueño encontrarme junto á ti.

Luc. Y á mí también me parece una quimera.

Mario (Trata de abrazarla.) Una dulce quimera, que hecha realidad, me trastorna.

Luc. No, Mario, no. Hemos prometido á tío Pepe formalidad.

Mario ¿Te parece poca formalidad expansionar nuestros sentimientos?

Luc. Sí; pero es menester que tenga usted más compostura, señor faltón.

Mario ¿Faltón dices? ¿Por qué? No comprendo tu reproche.

Luc. ¡Ah, no comprendes! Pues debieras comprender.

Mario (Alterado.) ¿Si te quieres referir á lo que pienso?

Luc. Quizás. Me prometiste obediencia, mucha obediencia, y tú, con tu carácter, has dado lugar á todo lo que nos ocurre.

Mario ¡Lucila! ¡Te ruego que no me recuerdes en estos momentos, los únicos de dicha que hace tiempo disfruto, toda la indignación, toda la rabia que siento contra ese tío, á quien tú llamas así por llamarle de alguna manera!

Luc. No quisiera recordarte nada, pero es preciso que te haga estas reconvenciones, si quieres que seamos el uno para el otro.

Mario Eso, sí; es el sueño de toda mi vida.

Luc. Pues entonces, es menester que pidas perdón á mi tío.

Mario (Levantándose.) ¡Eso nunca!... ¡Primero prefiero!...

Luc. Acaba de decirlo. Primero prefiero perder tu amor que humillarme.

Mario No, no; eso no iba á decir.

Pepe Sí, era eso; sé valiente para decir lo que tu corazón te dicte. Muchas promesas, muchos juramentos, y cuando llega la ocasión de un sacrificio, te sientes débil para afrontarlo.

Mario ¡Débil, no! Me pides un sacrificio, no sólo superior á mis fuerzas, sino imposible de realizarse, porque aunque yo me humillase, pordioseando una piedad á que no estoy obligado, tengo por seguro que él no habría de perdonarme. Desde hace poco tiempo me ha venido persiguiendo con más saña que nunca. El ¿por qué? lo ignoro, pero así ha sido.

Luc. ¿No comprendes mi situación? Mi amor me impulsa hacia ti; el agradecimiento, mi deber, el cariño nacido al calor del hogar, hacia ellos. Cuanto tengo y soy, ha venido de sus manos. ¡Comprende lo que debo sufrir en esta lucha de pasiones y deberes!

Mario ¡Tienes razón, Lucila de mi alma! Nuestro amor es flor de sacrificio, nacida para arrostrar los embates del destino. Ni tú ni yo podemos combatir serenamente bajo el diáfano sol de acrisoladas purezas, de sanciones del vulgo, la fatal influencia en que nos ha colocado nuestra pasión. Pongamos á ese vallaçar, colocado á nuestros anhelos, un remedio heroico, saltemos por encima de él y huyamos lejos de aquí. El destierro me aguarda, que reciba dos cuerpos en vez de uno solo, y lo que había de ser tumba de ilusiones, calvario de añoranzas, martirio de un alma, sea escondido y exuberante jardín, paraíso de amor, que una dos cuerpos, senda de vida donde se oculten dos seres que han puesto por encima de miserias y asechanzas un amor grande, noble, inmenso, y un idilio tierno, sencillo, pletórico de goces; simbólico remanso de apacibles aguas, que oculte entre nenúfares y azucenas los puros y tiernos amores de dos blancos cisnes que supieron amar.

Luc. Me arrebatas oyéndote hablar así, pero no pidas tampoco un imposible. Si no te sientes tú, que eres hombre y valiente, con la fuerza de voluntad necesaria para pedir un perdón, ¿cómo quieres que yo, débil mujer, me sienta con el valor propio de esos casos para arrostrar el peligro que me pides?

Mario ¡No es peligro, es ventura!

Luc. ¡Es deshonor, es huir!

Mario ¡Es amor!

Luc. ¡Es sacrificio!

Mario No me amas, Lucila, amor sin sacrificio, no es amor

Luc. ¡Pero sé esperar!...

Mario ¿Hasta cuándo?

Luc. ¡Quién sabe!... Hay en mí una voz interior que me dice: ¡Espera, espera! (Pausa pequeña.) Ten confianza en mi amor, esperemos, y ahora adorémonos, seamos felices.

Mario ¡Qué buena y qué hermosa eres! Dices bien, seamos felices, que un momento de dicha vale por una eternidad de sufrimientos. Mírame así, para que vea en tus ojos bellos todo el fuego abrasador de ese amor que les da vida. (La abraza.)

ESCENA VIII

MARIO, LUCILA y DON PEPE. Después JOSEFA

Pepe (Entrando.) ¡Eh, amigo! ¡Carambita, carambita! Que se exceden ustedes en el cumplimiento de sus obligaciones. Eso de los... lo dejan ustedes para más adelante.

Mario ¡No.. sí!...

Luc. Tío Pepe, si ves visiones.

Pepe ¿Con que eso son visiones? ¿Pues á qué llamará mi sobrinita realidades? A despachar pronto, que la conferencia va durando mucho.

Mario Un momento.

Luc. Un segundo.

Pepe (Se coloca junto á la puerta lateral derecha vuelto de espaldas.) Abreviar, mocitos.

(Mario y Lucila se levantan, colocándose en el otro extremo.)

Mario Repíteme una vez más que me quieres, que me adoras con toda tu alma.

Luc. ¡Y me lo preguntas!

Mario ¡Qué feliz soy!

Jos. (Entrando.) ¡Señorito don Pepe! ¡Señorito don Pepe!

Pepe ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Jos. Josú, vengo trillá. Ni respirar pueo.

Luc. ¿Qué ocurre?

Pepe ¡Habla pronto!

Jos. La cosa no es pa risa.

Pepe ¿Pero quién se ríe? ¡Habla!

Jos. Pues verá osté... ¿Lo pueo decir delante del señorito Mario?

Pepe ¡Bocoyes de alcohol que estallen encima de ti! Sí que puedes decirlo.

Jos. Bueno, pues que la cocinera ha entrao en mi cuarto, ha cogío la alcuza del aguardiente y creyendo que era aceite lo ha echao en la comida.

Pepe ¡Me has matado, acebul! ¿No te dije que la tuvieras bien oculta?

Jos. ¿Yo qué voy á jacerle?

Pepe ¡Me ha estropeado la combinación! (Vase corriendo por el foro.)

Jos. ¡Yo! (Vase.)

Mario La cosa tiene gracia.

Luc. Tío Pepe es muy bueno. ¡Lástima que ese vicio lo tenga trastornado! Nos hemos quedado solos. ¿Qué hacemos aquí?

Mario ¡Amarnos! Repíteme que no me olvidarás un momento, que tu vida me pertenece como la mía es tuya, que antes morirás que olvidarme un solo momento.

Luc. ¡Lo juro, Mario mío, sola para ti! Esperaré una eternidad, pero esperaré soñando en nuestro amor.

ESCENA IX

MARIO, LUCILA, LEÓN, después DON PEPE, JOSEFA

Mario ¡Cuánto te amo!

Luc. ¡Yo también!

(Se estrechan adormecidos.)

León (Ha entrado al empezar la escena y los mira con despecho é ira.) ¡Está muy bien!...

Luc. ¡Ah!

Mario ¿Qué es eso?

León ¡Que está muy bien, señor mío!

Mario ¡Usted dirá!

Pepe (Entrando.) ¡La que he hecho, San Baco!

Jos. (Entrando con la alcuza en la mano.) ¡El señorito León! (Vase.)

León Tú dirás, hermano Pepe, puesto que pareces impuesto del caso, qué quiere decir esto...

Pepe (Aparte.) El aguardiente es mi perdición. (A León.) Pues verás... Esto es... La cosa me parece... Yo creo...

Luc. ¡Tío León, comprende...!

Mario Un poco de calma. (A León.) La cosa está bien clara; Lucila y yo nos amamos y hemos tenido una entrevista. Ni creo que sea para asustarse ni motivo de sorpresa. He ahí todo.

Luc. (Bajo á Mario.) ¡Calla, calla!

Pepe (Aparte.) Lo que se va á mover aquí.

León Y tiene usted el cinismo de decir eso en mi casa, en la casa del que ha injuriado y por cuyo motivo está usted faltando á una condena de destierro

Mario Nunca creí tropezarme con usted. He venido aquí porque tenía que cumplir sagrados deberes.

Pepe El muchacho está en lo justo.

Luc. ¡Calla, por Dios, Mario!

León ¿A mí qué me importan sus creencias ni sus deberes? Lo que me importa es hacerle saber que está usted aquí indignamente y que al pisar esta casa ha evidenciado una vez más su falta de caballerosidad.

Mario (Quiere lanzarse sobre León. Le detienen don Pepe y Lucila.) ¡Me insulta usted con la impunidad de un cobarde ..!

Pepe ¡Mario!

Luc. ¡Cuánta desdicha!

Mario ¡Aquí, delante de su hermano y de Lucila

León ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Mario Sí, me voy, la presencia de usted me repugna.

León Y olvide usted que existe en el mundo Lucila.

Mario ¡Eso, nunca! ¡Con su amor me basta para dudar de sus palabras! ¡Y entérese bien de lo que le digo! ¡Con su cabeza me responde usted del menor daño que ella sufra! (Vase foro.)

ESCENA X

DON PEPE, LEÓN, LUCILA, MAGDALENA

Mag. (Entrando.) ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué dice esa muchacha que ha pasado? (Silencio.) Pero ¿qué ocurre? ¿A qué ese silencio? (Ninguno contesta.) ¡Bah! Como si lo viera. Cosas de ese. (Señala á don Pepe.) Estará...

Pepe (Le dirige una mirada muy significativa.) No seas ignorante, antigüedad barata.

Mag. Menos conversación y dime qué ha pasado aquí.

Pepe Que te lo digan estos.

Mag. Habla tú, León.

León Déjame, déjame.

Mag. (A Lucila.) Niña, habla tú.

Luc. (Suspirando.) Que se lo diga tío Pepe.

Pepe ¡Vaya un éxito que has tenido!

Mag. ¡Cállate! (Impaciente.) León, Pepe, os ruego que os marchéis; la niña me lo contará todo. ¡Pues no faltaba más!

León (Vase puerta lateral derecha.)

Pepe ¡Pschs!, me marcharé para no ser menos. (A Lucila.) Ten cuidado con lo que dices á esa dama del siglo pasado. (Vase primera puerta lateral izquierda.)

ESCENA XI

MAGDALENA, LUCILA

Mag. Ven, Lucila, toma asiento.

Luc. (Se sienta en el sofá.)

Mag. Espero que serás franca y me dirás la verdad de lo ocurrido

Luc. ¡Tía, por Dios! La cosa no ha tenido tanta importancia.

Mag. Si tiene importancia ó no, es cuenta mía. A ti sólo te cumple decir la verdad.

Luc. Pero, tía...

Mag. ¡Sobrina!

Luc. Si me asusta usted con su manera de ser.

Mag. ¡Ni que fuera yo el coco!

Luc. Prométame usted no disgustarse.

Mag. Bien, prometido á medias.

Luc. Pues... que... ha estado Mario aquí.

Mag. Me lo figuraba. Así como también no me equivoco al asegurar que todo ha sido obra de mi hermano Pepe. ¿Es cierto?

Luc. (Calla.)

Mag. ¡Claro! ¿De qué te sirve callar, si conozco demasiado al personal de esta casa? ¡Lo que á mí se me escape...!

Luc. ¡Por Dios, tía, no se incomode conmigo!

Mag. No, si no tienes tú la culpa, es él. Lo importante es que deseches esa pasión que tantos disgustos viene causando en esta casa.

Luc. ¡Nunca, tía Magdalena! En vano me pida usted una cosa que es superior á mi voluntad. El amor de Mario es mi propia vida. ¡Cómo voy á sacrificarla!

Mag. ¡Vaya si te ha entrado fuerte!

Luc. ¡Defiéndame usted! Acuérdese de cuando era joven. Usted también habrá amado, también habrá sentido una pasión igual á la mía.

Mag. Amar dices... (Suspirando.) ¡Quién se acuerda!

Luc. ¿Nunca sintió usted amor?

Mag. ¡Amor...! ¡Amor...! (Transición.) ¡Bah! Estaría bueno que á mi edad me pusiese cursi.

Luc. ¡No me abandone, se lo suplico! ¡Sea usted una vez más mi madre!

Mag. Tu madre es muy difícil que sea; pero, en fin, hablaré con León. Todo se arriesgará.

Luc. ¡Qué buena es usted!

Mag. Bien, retírate á tu cuarto, que ya veremos en qué termina esto.

Luc. (Da un beso á Magdalena y vase á su cuarto.)

ESCENA XII

MAGDALENA, después JOSEFA, LEÓN

Mag. (Tocando el timbre.) Llamaremos á León. Es preciso que esta situación termine.

Jos. (Entra.)

Mag. Dile al señorito León que venga.

Jos. (Vase puerta lateral derecha.)

Mag. Lo que me revienta es la intervención de mi hermano Pepe en este asunto. Parece que á todo el mundo trastorna con el tufillo de su aguardiente. ¡Uf! (Escupe.) ¡Qué asco! La niña, ¡pobrecita!, algunas veces me da lástima de ella. Pero ¡quién se iba á figurar este enamoramiento de mi hermano! Sería cosa de reirse, si el cuento no termina en lágrimas

León (Entrando.) ¿Me llamabas, Magdalena?

Jos. (Entra detrás de León y vase por la puerta del foro.)

Mag. Te llamo, sí, señor.

León Abrevia porque tengo que trabajar.

Mag. Acabo de tener una laboriosa entrevista con Lucila.

León Bien, ¿y qué?

Mag ¡Ah! Conque bien, ¿y qué? Pues has de saber que la niña no se halla dispuesta á sacrificarse, que ama á Mario, y de eso he quedado convencidísima, y que todo lo que se intente á favor tuyo es tiempo perdido.

León ¡Tiempo perdido! De que no lo sea, me encargo yo. Me conoces, Magdalena; sabes que jamás hubo un imposible para mí, y puesto que en esta lucha llevo empeñada toda mi voluntad, la última pasión de mi vida, no he de retroceder porque ella diga que no y porque á vosotros os parezca un disparate.

Mag. Jamás te oí razonar tan desacertadamente.

León ¿Entienden acaso los corazones de desaciertos? Veo que estimas muy poco la felicidad de tu hermano. Creí encontrar en ti un apoyo, una amiga protectora y me encuentro con otro enemigo.

Mag. He hecho en tu favor lo que buenamente he podido; pero Lucila se resiste hasta el punto de no conceder ni la menor esperanza.

León ¡Ni la menor esperanza! (Pausa.) Está bien; juguemos la última carta legal. Intentemos convencerla entrambos.

Mag. Es tiempo perdido.

León ¡Llámala! Antes de llegar á la violencia, es preciso agotar todas las persuasiones.

Mag. ¡Pero tú...!

León ¡Yo, sí, yo...! ¡Mi pasión está antes que todo! ¡Llámala!

Mag. ¡Sea! (Va hacia la puerta de Lucila.)

ESCENA XIII

MAGDALENA, LEÓN, después LUCILA, DON PEPE

Mag. ¡Lucila! ¡Lucila! (Pausa.) Ya viene.

León Jamás encontré á ningún proyecto de mi vida tanta oposición.

Mag. Te extraña esta oposición porque todos tus propósitos de una ú otra forma los has resuelto

León Deja las sátiras.

Mag. No equivoques los conceptos.

Luc. (Entrando.) ¿Me llamabas, tía? (Sorpresa al ver á León.)

Mag. Sí, acércate. (Ambas se colocan en el extremo opuesto al que está León.) ¿Recuerdas lo que hace un momento hemos estado hablando?

Luc. (Hace signos afirmativos.)

Mag. Es preciso que pienses en tu decisión. Se trata de la felicidad de tío León y de la tuya... Tal vez si reflexionaras .. A veces las pasiones que nos parecen más fuertes y duraderas, son solamente caprichos fugaces que traen y llevan los vientos de la veleidad.

Luc. ¡Os ruego, tía, que me dejéis! ¡Ya he dicho cuanto tenía que decir! ¡Yo comprendo...! ¡Pero no es posible! ¡Amo demasiado á Mario!

León (Que ha estado vuelto de espaldas. Acercándose colérico.) ¡Y tú no sabes que ese nombre no quiero que se pronuncie en esta casa! ¡Ah, niña engreída, has olvidado cuanto hemos hecho por ti!

Luc. (Hincándose de rodillas.) ¡Perdón! ¡Le amo! ¡Tened compasión de mí y no martirizarme tanto!

Pepe (Entrando con la borrachera más acentuada.) ¡He dicho que no, que no y que no...! (Sorpresa.) ¡Qué ocurre aquí! Lucilita, hija mía, ¿tú de

rodillas? ¡Levanta! ¿Por qué lloras? ¿Qué te ha pasado?

León Nada te importa.

Pepe ¿A mí..?

León ¡A ti!

Mag. ¡Qué vergüenza de hombre! ¡Está tirado á los perros!

Pepe (A Lucila.) Te están martirizando, ¿verdad? Son los dos muy malos. Están degradados.

León ¡Cállate, Pepe!

Mag. ¿Si tendrá la pretensión de enterarse de lo que aquí ocurre?

Pepe No te pregunto á ti. Yo sé bien lo que me digo. Y me hago cuenta de lo que ocurre. Ese... es... ese, tú eres... tú, y yo soy...

Mag. ¡Un sinvergüenza!

Pepe No tolero insultos.

León ¡Basta ya de tanta necedad! Vete á tu cuarto.

Pepe Me iré, sí señor, me iré; pero antes se irá Lucila al suyo, y además me dirá lo que aquí ha ocurrido.

León ¡Lucila no se irá!

Pepe ¡Sí se irá!

León ¡Digo yo que no!

Pepe ¡Y yo que sí!

León (Va hacia su hermano con los puños levantados.) ¡Pepe!

Mag. Nada de eso. Vais á realizar un acto indigno.

León (Paseando.) Está bien. Os podéis ir todos. Necesito estar solo.

Pepe A tu cuarto, nena.

Luc. (Llorosa, se deja conducir por Pepe, internándose en sus habitaciones.)

Pepe ¡Ojo! ¡Que te vigilo! (Vase segunda puerta lateral izquierda.)

Mag. ¡Yo también me voy! ¡Qué familia! (Vase lateral derecha.)

ESCENA XIV

LEÓN; después DON PEPE

León (Paseando.) También tengo derecho á ser feliz. «¡Es tarde... es tarde!» dice mi herma-

na. Para ser feliz nunca es tarde. (Sentándose. Pausa pequeña.) ¡Tiemblo! ¡Siento una ansiedad infinita, emoción que me sube á la garganta entorpeciendo mi lengua, sangre que se agolpa á mis ojos nublados! ¡Todo mi ser se estremece convulsivo como si fuese insuficiente para contener el exceso de vida! ¡Lucila, Lucila mía! (Transición.) La he visto crecer poco á poco, al contacto de mis caricias y halagos; la he visto ya mujer soberana, radiante de hermosura, de juventud y lozanía; la he criado para mí, sólo para mí, ¡y ahora he de perderla! (Sarcástico.) ¡Nunca! (Vacila.) No, no puede ser, no tengo valor. ¡Ella misma me odiaría! ¡Su cuerpo me pertenecería; pero no su alma! ¡Mi cuerpo es un volcán! ¡Mi corazón late horriblemente, quiere saltar del pecho! ¡Me ahogo! ¡Pero será mía! ¡Su cuerpo, su divino cuerpo, la estatua prodigiosa será mía! ¡Ahora! ¡Dentro de un momento! ¡Un instante!... (Levantándose.) ¿A qué vacilar? ¡Todos los medios son buenos para lograr el fin! ¡Qué sabio aforismo! ¡Lucila, Lucila! ¡Estarás pensando en el otro! ¡Pues bien, ahora voy á hacerte olvidar su recuerdo! (Apaga la luz, quedando la escena á obscuras. Avanza á tientas hacia la puerta de las habitaciones de Lucila.) ¡Me abraso en un fuego horrible!

Pepe (Entrando á tientas va hacia donde está la luz.)

León ¿Qué escucho? ¡Nada! ¡Ha sido engaño de mis oídos! ¡Adelante! ¡Mía solamente!

Pepe (Dando á la luz en el momento que León va á entrar en las habitaciones de Lucila.) ¡Quieto ahí!

León ¡Tú!... (Retrocede.)

Pepe (Colocándose de espaldas á la puerta de las habitaciones de Lucila.) ¡Sí, yo! ¿Te creías solo para tu ruin hazaña? ¡Estoy aquí para impedirlo!

León ¡Miserable! ¿Tú aquí? ¡Mezclándote en mis asuntos, oponiéndote á ellos como si en vez de un hermano fueras mi mayor enemigo! ¡Ah! ¡Te prometo que esta vez habrás de acordarte de tu intromisión, borracho repugnante!

Pepe ¡Borracho!... ¡Borracho!... ¿Pues qué creías, que no te iba á vigilar? ¡Conozco tu juego,

hermano León! ¡Todas las mujeres que has poseído ha sido así; asaltando sus cuerpos ó sus almas! ¡Te vigilaba, á pesar de que nunca creí que tu degradación llegara hasta el extremo de poner en práctica tu antigua costumbre con nuestra querida Lucila! ¡Ah! ¡y me llamas borracho repugnante!

León (Avanza furioso á cogerlo.)

Pepe (Da un salto y se escapa. Toca el timbre, colocándose en el otro extremo de la mesa.)

León ¡Aguarda! ¡Aguarda, que he de estrujarte entre mis manos!

Pepe ¡Eres mi misma sangre; pero la tuya está corrompida, envenenada!

León ¡Cállate, cobarde, que tu borrachera te hace hablar como un villano!

Pepe (Toca otra véz en el timbre precipitadamente.) ¡Tus viles proyectos no saldrán adelante!

León (Alcanza á Pepe al dar éste una vuelta hacia el lateral izquierda.) ¡Miserable! (Ambos comienzan á luchar.)

Pepe ¡Suelta, suelta!

ESCENA FINAL

LEON, DON PEPE; después MAGDALENA, LUCILA y JOSEFA

Mag. (Entrando por la puerta lateral derecha.) ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¡Qué horror! (Va á separar á los dos hermanos.)

Luc. (Entrando, con bata de dormir y el pelo en desorden.) ¡Oh! ¿Por Dios, qué es esto?

Jos. (Entrando por el foro.) ¡María Santísima!

(La entrada de las tres es casi simultánea.)

León (Tambaleándose. Se lleva las manos al cerebro y al corazón.) ¡Sujetarme! ¡Desfallezco! ¡Qué dolor tan horrible! ¡Ah! ¡El cerebro! ¡Las espaldas! ¡Me arrancan el corazón! (Entre ellas lo cogen y colocan en un sillón.) ¡Qué dolores tan horribles! (Hace varias contorsiones de dolor y queda desvanecido.)

Mag. ¡León, León! (A Pepe) ¡Le has muerto!

Pepe (Con cara embrutecida por la borrachera. Medio tirado en otro sillón.) ¡No, no ha muerto!

Mag. ¡Un médico! ¡Corre!

Jos. (Sale precipitadamente.)

Mag. (Auscultando.) ¡Vive, vive!

Luc. ¡Vive, vive!

Pepe ¡No hay... que asustarse! ¡No es... cosa de muerte!

Mag. ¿Qué has hecho, alcohólico inmundo, qué has hecho?

Pepe ¿Yo?... Defender á esta. Por lo demás... yo no tengo la culpa de lo que le ocurre... ¡Ha sido él mismo! ¡Su organismo! ¡El virus del amor! ¡El virus del amor! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Idéntico gabinete que en los dos actos anteriores. Es de día. Han transcurrido seis meses desde el acto anterior á este

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA y LUCILA

Al levantarse el telón aparecen ambas sentadas junto á la mesa haciendo alguna labor femenina

Mag Te digo que hay días que está insoportable. No hay fuerza humana que lo resista.

Luc. ¡Pobrecito tío León! Hay que ser muy compasiva con él.

Mag. Que no se lo hubiera buscado.

Luc Ya no tiene remedio.

Mag. Desde aquella maldita noche que le dió el ataque, y ya pasó de seis meses, vive, si es que vivir se puede llamar á su desgracia, en un constante lamento. Apenas si duerme ni deja dormir. ¿Comer? no digamos, come menos que un pájaro. Cuando no le duele la cabeza es la espalda, ó el vientre, ó todo el cuerpo. Pide á grito pelado las cosas. Y, francamente, no hay fuerza humana que lo resista. ¡Qué seis meses!

Luc. Ya recibirá usted el premio. El cumplimiento de su penosa obligación la hace á usted una mártir.

Mag. Tú lo has dicho. ¡Una mártir! Pero comprende también, hija mía, que es muy triste irse al otro mundo... ¡virgen y mártir! Conquistaré un buen puesto en el almanaque, pero maldita la gracia que me hace.

Luc. ¡Y pensar que del estado en que se halla tengo yo la culpa!

Mag. No seas inocente, hija mia. Tú qué vas á tener la culpa.

Luc. El ataque le dió aquella noche cuyo sólo recuerdo me pone angustiosa y sin alma.

Mag. El doctor lo ha dicho bien claro. Esto tenía que ocurrirle más tarde ó temprano. Su organismo estaba predispuesto á ello. Lo que ha sido producto de la violencia lo hubiera sido quizás dentro de algún tiempo, aunque más lentamente por sus pasos contados. Ya ves que el mal no tenía remedio.

Luc. ¡Quién sabe! Créame usted, tía Magdalena. Siento remordimientos. ¡Me doy unas de llorar!

Mag. ¡Bah, bah! Tus remordimientos son infundados

Luc. ¿Y ha visto usted qué amable está?

Mag. Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Esta enfermedad ha sido un duro castigo que le ha hecho recapacitar acerca de su pasado.

Luc. Conmigo está cariñosísimo.

Mag. Remordimientos, hija, remordimientos.

Luc. Todo lo que le pido me lo concede. Y sin pedirlo. Parece que adivina mis pensamientos. Ya ves, lo de Mario, sin decirle nada ayer me habló de él. Quiso decirme algo, pero la llegada del médico interrumpió nuestra conversación. ¿Usted sabe algo?

Mag. ¿Yo?

Luc. Usted, sí, usted, que también se ha vuelto muy buena...

Mag. ¿Qué dices, chiquilla? ¿Luego entonces, según tú, antes no lo era?

Luc. No, no he querido...

Mag. ¡Chitón! ¿oyes? Mi hermano. ¡Y á bien que no grita! Todo estilo cuartel. Hacía ya mucho rato que estaba calladito. (Se levanta y vase lateral derecha.)

ESCENA II

LUCILA

(En soliloquio.) ¡Pobre tío León! ¡Nunca podrá figurarse cuánta pena me causa su enfermedad! ¡Qué días de amargura, de zozobra, de angustia! ¡Los recuerdo con horror! ¡Pasaron! ¿Pero cómo han pasado? ¡Dejando en mi vida un rastro indeleble de recuerdos dolorosos! La ausencia de Mario, la enfermedad de tío León... Mario volverá, lo presiente mi corazón, pero tío León no curará jamás. ¡Triste realidad! Muchas veces, cuando me encuentro á solas con él procuro huir, su compañía me da miedo, ¡qué sé yo lo que se me figura! Paréceme que va á darle otra vez el ataque... y que en ese terrible momento, con la faz descompuesta, con las manos crispadas por el dolor y la rabia, me va á estrujar entre ellas... como si tratase de aprisionarme eternamente contra su pecho. ¡Qué horror! (Se cubre el rostro con las manos. Al descubrirse va transformándose paulatinamente desde el horror á la alegría.) Pero después acude á mi memoria el recuerdo de Mario. ¡Mario! ¡Qué dulce armonía lleva á mis oídos su nombre! (Oye pasos.) Ya viene ahí tía Magdalena con el enfermo. (Se levanta y va hacia la puerta para recibirlos.)

ESCENA III

LUCILA, MAGDALENA y LEÓN

León (Su estado es el de un enfermo medular. Entra apoyado en el brazo de Magdalena y en un bastón. Arrastra el cuerpo con dificultad y se lamenta de vez en vez.) ¿Estás ahí, nena?

Luc. Aguardándolo á usted precisamente. (Lo sujeta por el otro brazo.)

León ¡Qué buena eres, Lucila! Te quieres parecer

á tu tía Magdalena. Cada vez tiene peor genio y menos voluntad.

Mag. ¡León! ¡León!

León ¡Magdalena, Magdalena! Hace dos horas que estoy llamando y tú no te das por enterada.

(Lo sientan en un sillón á la derecha.)

Mag. ¡Cuidado que eres injusto! Estoy hecha una esclava de tus caprichos, de tus quejumbres y ni siquiera tienes la buena costumbre de agradecerlo. (Se sienta.)

León ¡Caprichos y quejumbres llamas á mi enfermedad, Magdalena! ¡No me atormentes más! Si además de mi enfermedad he de soportar las expansiones de tu endiablado carácter, preferible es que me dejes solo, abandonado, en manos de los criados...

Luc. En todo lo que por usted hace tía Magdalena, pone su mejor voluntad. Ahora mismo estábamos lamentándonos de cuanto le ocurre, condoliéndonos de su desgracia y esperando que usted nos ordenara algo para servirle con el alma y la vida.

León ¡Qué hermosura de alma! ¡Qué deleite tan grande siento escuchando tus consoladoras palabras, que brotan de tu boca cual dulce bálsamo que inunda mi ser de dicha. ¡Es más hermosa tu juventud porque eres más buena que la propia juventud!

Luc. Es usted muy bueno.

Mag. ¡Y á mí que me parta un rayo! Cualquiera creería al oirte que es la niña la que te viste, la que te desnuda, la que te da de comer, la que te cura, la que soporta todas tus impertinencias.

Luc. No se moleste usted. Tío León...

León Tío León, á pesar de ser un viejo inválido, tiene todavía el suficiente criterio para distinguir entre el oro y el cobre.

Mag. ¡Muchísimas gracias! Desde hoy en adelante no me llames para nada.

León Dónde irá á parar.

Mag. (Levantándose.) A mi cuarto. A cualquier sitio menos donde te halles ¡Solterón!...

Luc. (Deteniéndola.) Son bromas de tío León. ¿Se ha disgustado conmigo?

Mag. No es nada contigo.

Luc. Voy á mis habitaciones. Hasta luego, tíos.

León ¿Y te vas así? ¿No hay nada para este pobre inválido?

Luc. (Algo confusa.) No, sé ...

León ¡Oh, sí! ¡Acércate á mí! ¡No temas de este enfermo! ¡Bésame, bésame, que sólo en mí existe el alma! ¡El cuerpo ha muerto!

Luc. (Se acerca temblorosa.)

León (Dándole un beso en la frente.) ¡Es el beso de un padre!

Luc. (Vase lentamente hacia la puerta que conduce á sus habitaciones. Arrójale un beso con la mano, y mutis.)

León (Llorando.) ¡Así debí amarla siempre!

ESCENA IV

LEÓN, MAGDALENA, después JOSEFA

Mag. ¡Vaya, León! Estás hecho un niño chico. Tan pronto te enfureces como lloras.

León Se necesita llegar á este estado, vivir como estoy viviendo, si vida puede llamarse á mi calvario, para sentir en el alma bellezas y sentimientos que hasta aquí no había sentido.

Mag. Más vale así; pero, francamente, á no ser con Lucila, á la que tratas con más delicadeza, lo que es á los demás pocas pruebas has dado de tu cambio de carácter.

León Dices que no he variado de carácter. ¿Pues acaso tú que estás buena y sana lo tienes mejor que yo?

Mag. ¿Y es justo, señor mío, que para Lucila todo sean mieles, y para los demás hieles?

León No empecemos á reñir, Magdalena. Que no puedes estar cinco minutos si no es contradiciendo y peleando.

Mag. Porque eres un desconsiderado. Porque siempre serás para mí el mismo, con igual carácter y con...

León Para, para, hermana, que tu lengua más que correr vuela. No soy el mismo, no. Para serlo tendría que volver á ser dueño de

aquella vitalidad que perdí para siempre. ¡Tal vez mi vuelta á la vigorosa vida orgánica me conduciría también á mis pasiones del pasado! Es muy doloroso suponer esto; repugna á los sentidos lo que antes les halagaba.

Mag. Pero tu injusto proceder conmigo.

León (Pausa.) ¡Pobre hermana mía! ¡Extraña manera de ser la tuya! Lamentable equívoco entre el fondo y la superficie; vieja muñeca encerrada en la urna de tus sueños de oro; delicada belleza de flor de estufa, que poco á poco, sin espasmos ni delirios, sin pasiones y sin amores ha languidecido lentamente. Mujer eres que no ha sabido gozar las caricias de un amante esposo; que no ha sentido en su rostro los divinos besos de los hijos; tu alma seca de amores y cariños ha ido hundiéndose lentamente en el mar sin fondo de los dolorosos agravios. Adoraste á una quimera, pusiste tus amores en un sueño; la quimera fué ilusión de tu mal, y el sueño se desvaneció. ¡Hermana mía! ¡Ven aquí, á mis brazos, y así estrechados lloremos el lamentable error, el imperdonable pecado de no haber sabido ser buenos! (Lloran abrazados.)

Mag. ¡Pobre León!

León ¡Pobre Magdalena!

Mag. ¿Y el otro? ¡Nuestro hermano Pepe!

León ¡Es más feliz que nosotros! ¡Las miserias de su vida las ahoga en el criminal alcohol, que á pasos agigantados le va abriendo el surco de su tumba!

Mag. ¿A qué martirizarnos más?

León ¡Por qué no haber vivido la juventud!

Mag. ¡Bah! ¡Dejemos ya quieto al pasado!

León Tienes razón. Vivamos el presente.

Mag. (Toca el timbre. Levantándose.) Vámonos á tu cuarto. Estás muy agitado. Sufres mucho.

León ¡Los recuerdos me hacen sufrir!

Mag. ¡Basta ya de martirizarnos con los recuerdos!

León (Se levanta ayudándole Magdalena.) ¡Dices bien! ¡Continuemos nuestra triste caravana! ¡Ya queda poco para el final de la jornada!

Jos. (Entrando.) ¿Qué desean los señoritos?
Mag. ¿Vino el médico?

ESCENA VIII

DON PEPE, después LUCILA

Pepe ¡Menudo alegrón que se va á llevar! Y todo esto me lo debe á mí, ¡á mí, sí señores! que he trabajado por ella como un negro, como un negro que sea trabajador. Yo por lo pronto ya he reforzado el estómago... «Dad gusto al cuerpo y viviréis contentos.» Es mi máxima. (Va hacia la puerta de las habitaciones de Lucila Vacila.) ¡Y León! ¡Tal vez!... ¡No, ya no!... (Llama á la puerta de Lucila.) ¡Lucila! ¡Preciosísima de esta casa! ¡Requetemonísima! ¡Pichoncita!
Luc. (Desde dentro.) ¿Quién llama?
Pepe ¿No me has conocido, saladísima? Tiíto Pepe, el bo... Bueno, lo que dice tiíta Magdalena.
Luc. (Entrando.) ¡Hola, tío Pepe!
Pepe Tengo que decirte una cosa muy interesante.
Luc. ¿Muy interesante?
Pepe ¡Interesantísima!
Luc. Interesante. (Haciendo memoria.) Pues no caigo.
Pepe Mientras no lo aciertes no te lo digo.
Luc. ¡Toma! Si lo acierto, ¿qué gracia tiene que usted me lo diga?
Pepe ¡Ah! ¿No tiene gracia? Pues me voy.
Luc. (Deteniéndole.) Usted no se va sin decirme lo que es.
Pepe (Con misterio.) ¡Hay que ser una tumba!
Luc. ¡Jesús, y cuánto misterio!
Pepe (Se acerca al oído y le dice algo.)
Luc. (Sobresaltada.) ¡Mario! ¡Mario!
Pepe ¡Silencio!
Luc. ¡Qué bueno es usted! ¡Cuánto le quiero!
Jos. Todavía no.
(Magdalena y León vanse por la puerta lateral derecha.)
Mag. (Al hacer mutis.) ¡Ya queda poco para el final de la jornada!

ESCENA V

JOSEFA, después MAGDALENA

Jos. (Suspirando ruidosamente.) ¡Ay! Lo que semos. No se dice semos; se dice somos... Y poco que me lo ha encargado la señorita. ¡Pobrecita! Y pobrecito también el señorito León. Tan bueno como estaba y de la noche á la mañana, ¡cataplúm! un patatús y lercionado de la meula. Cuidao que he aprendío yo cosas en esta casa. El día que vaya á mi pueblo, con tóo mi saber y con esta ropa, me va á tener envidia hasta la mujer del jerraor. Porque aquí habrá mu mal genio, pero lo que es finura... Como que tóo se dice con la ese.

Mag. (Entrando.) ¿Qué haces ahí? tontajo.

Jos. (Aparte.) Ya empezó la tormenta. (A Magdalena.) Na, na. Me acordaba de mi pueblo.

Mag. Pues vete con tus recordatorios á la cocina.

Jos. (Aparte.) Cada vez está más agradable... (Vase.)

ESCENA VI

MAGDALENA

Ya quedó el enfermo más tranquilo. (Pequeña pausa.) ¡Qué vida esta! (Sentándose.) Siempre esperando una dicha que no llega. Tal vez los que nos odian ó de-precian, si nos conociesen á fondo nos compadecerían. (Al colocar la mano sobre la mesa tropieza con un libro de poesías. Lo coge maquinalmente.) Un libro de poesías. Debe ser enviado á Lucila por Mario. Efectivamente. (Leyendo.) «A mi querida Lucila...» A los enamorados no les basta consagrarse en alma y vida á la mujer amada, sino que de paso dedican todo lo que á mano encuentran, como si también dispusiesen de la voluntad ajena. Siempre vi en

un libro de poesías un desahogo cursi más ó menos bien rimado. He dicho mal, siempre no me ha parecido lo mismo; me deleitaba, hace ya muchos años, la lectura de poesías. Cuando era una niña, y después ya mujer, cuando los galanes rondaban mi casa, gustábame recibirlas, leerlas y guardarlas. ¡La edad! Mario, Lucila y este libro, componen un bello poema de juventud. (Abre el libro y comienza á hojearlo. Lee maquinalmente.) «A Eloisa», «Por un beso tuyo», «Muerto en tus brazos», «Sobre una tumba.» Los títulos incitan á la lectura. Y todos qué pomposos, qué expresivos. (Leyendo.) «Juventud marchita». (Lee para ella y parece que le interesa la lectura.) Esta no parece fea. (Leyendo alto, cada vez con más entusiasmo y emoción á medida que avanza en la lectura.)

Fué tanta tu belleza y hermosura
que esquivos corazones humillaste,
y á tus plantas rendidas doblegaste
de rebeldes espadas la bravura.

—

Un poeta prendido en tus amores
en su lira vibró festivo canto,
y aquél poema convirtióse en llanto,
al sufrir de tu desdén sus rigores.

—

Fuiste altiva y arrogante dama,
que á donceles sin fin enamoraste,
y á todos sin piedad los despreciaste
matando en ellos la amorosa llama.

—

Pasaron de tu vida los abriles,
tus cantadas primaveras ya pasaron,
y murieron las flores que brotaron
de tu corazón, lozanas y gentiles.

—

Se fueron los años de amor y de flores,
en ti sólo queda tristeza y dolor,

pasiones y anhelos dormidos en flor,
ansia sin freno de locos amores.

—

A tales desdenes no hubo razón,
siendo tirana de mil corazones,
no esperes favor, ni amor, ni perdones
y deja que sufra tu infiel corazón.

—

Pues dime, mujer, que amar no has sabido,
¿qué extraño empeño así te engañó?
sólo en ti queda crueldad, desengaño,
dolo y tristeza, en tu pecho herido.

—

Rosa marchita sin nido de amores,
triste es tu vida, ¡qué sola es tu muerte!,
sin seres amantes que á tu cuerpo inerte,
ofrenden cariño, oración y flores.

(Al terminar los versos llora en silencio. Transición dolorosa. Se levanta y al hacer mutis por la puerta lateral derecha, repite el último cuarteto llorando.)

ESCENA VII

DON PEPE, DOCTOR, después MAGDALENA

Pepe (Entrando.) Pase usted, Doctor, pase usted.

Doctor (Entrando.) ¿Y cómo ha pasado la noche el enfermo?

Pepe Regular, nada más que regular. Sea usted franco, Doctor, ¿usted cree que su enfermedad no tiene remedio?

Doctor Sinceramente he de manifestarle que á su estado anterior no volverá. La enfemedad es difícil, si no imposible desterrarla de su organismo; pero la vida no peligra por ahora.

Pepe ¡Pobre León! Su vida no peligra, pero está condenado á vivir en continuo sufrimiento.

Doctor ¡La vida siempre...!

Pepe Es preferible conservarla, aunque sea á costa de una crueldad. Extraña teoría. (Va hacia

la puerta lateral derecha.) ¡Magdalena! ¡Magdalena!

Doctor ¿Y usted cómo sigue de sus achaques?

Pepe ¿Yo...? No sé que tenga nada de particular. Duermo bien, como regular, bebo...

Doctor (Aparte.) Más que regular. (A don Pepe.) Entonces... Como su hermana Magdalena me ha indicado algo...

Pepe No la haga usted caso. Palabrería, Doctor, palabrería...

Doctor Bien... ¡Yo..!

Mag. (Entrando.) Bien venido, Doctor.

Doctor A los pies de usted.

Mag. Esperándolo estábamos.

Doctor Pues aquí me tienen ustedes. ¿Vamos á ver al enfermo?

Pepe (Se coloca en el extremo opuesto al que se hallan el Doctor y Magdalena.)

Mag. (Reservadamente.) Antes quiero insistirle sobre lo de mi hermano Pepe.

Doctor Yo entiendo que más que de mis servicios habíanle de ser provechosos los consejos de una persona que ejerza influencia moral sobre él. Ciertamente que la medicina tiene medios de sustraer á los alcohólicos de tan denigrante vicio, pero también pueden ser peligrosos.

Mag. Intente usted. Primero con sabios consejos, después con medicamentos.

Doctor Créame usted, es difícil sustraerlo de su afición á la bebida; pero por complacerle...

Pepe Conciliábulo tenemos.

Mag. Cuando usted guste.

Doctor Vamos.

Pepe ¿Mucho?

Luc. ¡Mucho!

Pepe (Escuchando.) Calla, que viene gente. Vete al patio y aguarda.

Luc. ¡Adiós!... (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA IX

DON PEPE, MAGDALENA y el DOCTOR

Doctor (Entrando.) Hay que seguir el mismo tratamiento é igual régimen.

Mag. (Desde el marco de la puerta.) Está muy bien, Doctor. Que no se le olvide á usted... (Le indica á don Pepe.)

Doctor Será usted complacida.

Pepe ¿Qué tal, Doctor, cómo encuentra usted al enfermo?

Doctor Igual. La enfermedad no ofrece novedad alguna.

Pepe ¡Vaya por Dios! (Pausa.)

Doctor Ya que usted no me ofrece una silla, voy á tomarme la libertad de hacer uso de una de ellas. (Se sienta.)

Pepe ¡No creí!... Los médicos tienen ustedes libertad para hacer uso de todas las libertades. (También se sienta.)

Doctor (Saca la petaca y ofrece un pitillo á don Pepe.) Supongo que usted fumará.

Pepe No mucho; pero, en fin, de vez en cuando un cigarrillo. Por ejemplo, después de comer.

Doctor Y de beber...

Pepe Sí, después de beber... también fumo.

Doctor Es natural. Cuando excitamos la garganta con bebidas, más ó menos alcohólicas, sentimos la necesidad de fumarnos un cigarrillo como sedante, aunque en realidad excita tanto como el alcohol.

Pepe (Aparte.) ¡Te veo!

Doctor ¡A usted!

Pepe ¡Yo!

Doctor He notado, de algún tiempo á esta parte, ciertos síntomas, que la verdad, no me satisfacen.

Pepe (Con sobresalto.) ¡Caray! ¡No estaré rabioso!...

Doctor ¡Hombre, no tan deprisa! Así como así, rabioso, no; pero, vaya, un enfermo de cuidado, sí. Sus costumbres, sus aficiones...

Pepe Le voy á ayudar á usted, Doctor, mis vicios, es decir, mi vicio, porque usted se quiere referir á uno solo.

Doctor Si usted no se molesta...

Pepe Nada, mi querido Doctor. Yo no me molesto por nada. Es usted muy dueño. (Aparte.) ¡Mal demonio te coma!

Doctor Porque es lástima que usted, un hombre de talento...

Pepe (Aparte.) ¡Atiza! Hasta ahora no sabía yo que era un hombre de talento. ¿Qué me irá á pedir?

Doctor Aniquile poco á poco su vida practicando tan feo... tan especial vicio.

Pepe Ni media palabra más, Doctor.

Doctor ¡Hombre!

Pepe Mis sospechas vienen á confirmarse. A usted le ha comisionado mi hermana Magdalena para aconsejarme acerca de mi afición por... No es usted el primero. Hace usted el treinta ó treinta y uno, según mi cuenta.

Doctor ¿Y usted cree...

Pepe Que está muy bien, y que le agradezco su intervención. En cierta ocasión, querido Doctor, y sin que yo me enterara, me metió entre pecho y espalda unos *papelillos*, según los titulaba ella, que si no llego á cortar por lo sano, á estas horas se lo estoy contando a San Pedro. ¡Qué malditos polvos! Hasta bizco me quedé. Mi cuerpo era un continuo temblor. Ahora bien, sus consejos, por recibidos los doy. Ya sabemos todos el valor efectivo de los consejos.

Doctor (Levantándose.) Usted comprenderá. (Aparte.) Es tiempo perdido.

Pepe (Levantándose también,) Sí, querido Doctor. Comprendo su buena oficiosidad, pero mi enfermedad no tiene remedio. Todos sus consejos de usted, todas sus medicinas no son suficientes para hacerme desechar este pícaro vicio, que, créame usted, constituye en mí una segunda naturaleza.

Doctor Puesto que usted razona así...

Pepe Es tarde ya... demasiado tarde.

Doctor ¿Entonces?...

Pepe Usted ha cumplido su misión con igual resultado que sus antecesores. Aunque sea una sola vez, me voy á poner triste. Si yo dejara el alcohol me moriría, téngalo por seguro. Fue un vicio adquirido en mi juventud, en una juventud que no supe cuánto valía, y tiene raíces muy hondas para poder arrancarlo. Solo sanaría mi enfermedad una sola medicina, ¡la juventud! y ésta se fué para no volver más.

Doctor He terminado mi misión. ¡Adiós, amigo! (Vase.)

Pepe ¡Adiós!... (Queda triste y pensativo.) Ahora... á seguir ahogando en alcohol... los recuerdos... (Alegre.) Eso es. ¡Caramba con el Doctor! ¡Quitarme mi vida! ¡Aún me queda que beber mucho!

ESCENA X

LEÓN y MAGDALENA. Entrando ambos. León apoyase en el brazo de Magdalena y en su bastón

León ¡Estos médicos! Todos son iguales. No aciertan con el remedio. A este lo veo indeciso. (Se sienta en el sillón.)

Mag. ¡Por Dios, León! Si este hace ya el número seis de los que han venido á visitarte. Todos dicen lo mismo. Que tu curación es cuestión de tiempo, de perseverancia en la medicación. Te han recomendado paciencia, mucha paciencia. (Se sienta.)

León ¡Paciencia, mucha paciencia! ¡Ah! Cómo se conoce que no son ellos los que están en mi lugar.

Mag. Tranquilízate.

León ¡Ay! (Sufre dolores, quejándose) ¡Qué dolores tan horribles!

Mag. ¡Pobre León! (Abrazándole.) Descansa en mis brazos. ¿No sientes alivio?

León ¡Ninguno! ¡Cada vez me siento peor! ¡Dios mío! ¡Cuán preferible es la muerte á esta agonía lenta que me aniquila!

Mag. Ya te pondrás bueno. Sufre con resignación tus males.

León ¡Oh! ¡No es posible! ¡Siempre tuve una voluntad de hierro, pero la enfermedad es más fuerte que mi voluntad! ¡Este virus maldito de que está saturado mi organismo, va lentamente obscureciendo mi inteligencia, agotando mis energías, martirizando mi ser, minando poco á poco la escasa vida que me queda como si fuera un tormento á que me condena el pasado!

Mag. ¡No te martirices así!

León ¡No soy yo quien se martiriza! ¡Es el universo entero que se revuelve airado contra mí! (Pausa.) ¡Qué espantosa soledad! ¿Dónde está Pepe? ¿Lucila, dónde está? ¡Todos parece que huyen de mí, que temen al contagio! ¡Me aislan como á un apestoso!

Mag. Extraño empeño el tuyo.

León ¡Ni un amigo, ni un deudo, todos huyen de mí! ¡Cruel desencanto! ¡Mientras me temían, cuando era fuerte y podía hacerles daño, todos me seguían propicios, me servían con presteza, parecía que me admiraban, vivían adulándome, y ahora que no me temen, ahora que soy una máquina sin voluntad, una piltrafa social, huyen, me desprecian, me abandonan! ¡Necios! ¡No temeis que el León de siempre deseche sus males! ¡No temeis que resurja y os humille bajo mis plantas! (Transición.) ¡Pero... pero...! ¡me ahogo... no es posible ya...! ¡Estoy vencido, Dios mío! (Llora.)

Mag. ¡Basta ya, León! Estás sufriendo horriblemente, y yo también estoy sufriendo.

León Es verdad, no tengo derecho á martirizarte. Soy cruel con vosotros. Es preciso que yo vea á Pepe y á Lucila. Quiero hablarles. Cuando tengo á mi lado personas queridas parece que me encuentro mejor. Siento un gran consuelo.

Mag. ¿Quieres que los llame?

León Sí, llámalos.

Mag. (Se separa de León.)

León (Deteniéndola.) ¡No, no vayas tú! ¡Me angustia quedarme solo!

Mag. Como tú quieras. (Toca el timbre.)

León Quiero decir á Pepe lo que he resuelto acerca de Mario.

Mag. Ahora estás muy agitado, déjalo para mañana.

León No, hoy; quiero que sea hoy.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, JOSEFA, DON PEPE, LUCILA, MARIO

Jos. (Entrando.) ¿Llaman ustedes?

Mag. Dí al señorito Pepe y á la señorita Lucila que venga.

Jos. (Vase segunda puerta lateral izquierda.)

León Es preciso que estos años de agonía que me quedan me sirvan de algún consuelo. Quiero ver á los míos felices.

Mag. Tu decaimiento de espíritu te hace ver en la enfermedad proporciones que no existen. Hay que tener más entereza, más dominio de sí mismo.

León No puedo, Magdalena, no puedo.

Pepe (Entrando.) ¡Hola, hermanos! ¿Te encuentras mejor, León?

Jos. (Entra y se queda parada á distancia.)

León (Hace signos negativos con la cabeza.)

Mag. No lo creas, Pepe, se encuentra mejor. Es que tiene un empeño incomprensible en martirizarse y en martirizarnos. Porque yo sufro también viéndolo así.

Pepe Y todos sufrimos.

León No quiero que vosotros sufráis. ¿Por qué no viene Lucila?

Pepe Ha salido. Ahora mismo volverá. (Va y le habla al oído á Josefa.)

Jos. (Vase foro.)

León Te he llamado porque quiero que hoy mismo averigües dónde se halla Mario y le telegrafíes que puede venir. Hace ya muchos días que escribí al presidente de la Audiencia con el mismo objeto, y creo que no habrá ningún inconveniente en su vuelta.

Mag. ¿Le perdonas?

León Son ellos los que tienen que perdonarme.

Pepe ¡De almas nobles y generosas es perdonar!

León ¡Tú lo has dicho, Pepe! ¡De almas nobles y generosas es perdonar! ¡Hasta á aquellos que nos arrebatan la última esperanza de felicidad que nos queda en la vida! (Llora.)

Mag. No vuelvas á los recuerdos.

Pepe ¡Pobre León! ¡No evoques el pasado!

León ¡Un pasado doloroso! ¡Y ahora que pudiera quitarme la vida, esta odiosa vida que es la condena que yo mismo me impuse, siéntome débil para arrebatármela!

Pepe ¡Débil no, valiente!

Mag. ¡Los que se arrebatan la vida, hermano León, son unos ignorantes que no saben luchar contra el destino; son unos cobardes que no saben vencer á las adversidades cara á cara, como luchan los hombres valientes; porque la valentía no consiste en matar al prójimo, consiste en vencernos á nosotros mismos! ¡El suicida es un ser despreciable al que con la muerte envolvemos en un manto de doloroso perdón! ¡Quizás el único acto de valentía de toda tu vida será saber resistir desde el trono de tu martirio tus crueles sufrimientos!

(Entran por la puerta del foro Mario y Lucila cogidos de la mano. Detrás Josefa. Todos muy despacio.)

León ¡Tenéis razón, hermanos! ¡La única valentía de mi vida será resistir con resignación este martirio! ¡Mi alma purificará á mi cuerpo! ¡No abandonarme, no dejarme solo con mis dolores y penas, si quereis que llegue valiente hasta el final!

Mag. } **Pepe** } (Llorando.) ¡Nunca!

(Mario y Lucila se acercan al sillón, cada uno á un lado, hincándose de rodillas.)

Los dos ¡Y tampoco nosotros!

León (Sobrecogido.) ¡¡Vosotros!!

Luc. ¡Tío León, perdón!

Mario ¡Mi presencia le hace sufrir! (Pausa dolorosa.)

Mag. ¡León!

Pepe ¡Valor!

León ¡No, no es nada! ¡Un momento! ¡Los recuerdos! ¡El verlos juntos! ¡Me olvidé que era un pobre paralítico!

Luc. ¡Mis mejores caricias serán para usted!

Mario ¡Mi juventud os pertenece!

(Pasa por la calle una estudiantina ejecutando un pasodobie. Primero se oye quedamente, luego más fuerte y después más débil, como alejándose.)

León ¿Oís? ¿Qué es eso que hace latir mi pecho locamente?

Jos. (Precipitadamente.) ¡La estudiantina!

León ¡Es la vida que se desborda por las calles! ¡Es la juventud triunfante que paga su tributo á la alegría y al amor! ¡Es la juventud, secreto de nuestro bien ó de nuestro mal, que pasa... que pasa para no volver! ¡Decidles á esos jóvenes que se detengan un instante; que aquilaten en sus vidas el tesoro de los años; decidles que ahora están subiendo la gloriosa cuesta de la existencia; que tremolen siempre la bandera de la razón y de la justicia; que amen con el alma y no con los sentidos! ¡Decidles que se lo ruega un pobre inválido que no supo adorar á su pasada juventud! (Todos lloran. Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Héctor y Angélica.—Novela.

DEL TEATRO

La conquista (entremés cómico-lírico).

El Dorao (revista).

Exposición de juguetes (revista). (1)

---

(1) En colaboración con Rafael Labad.

3 0112 115881556

Precio: DOS pesetas